

libro al viento



UNA CAMPAÑA
DEL INSTITUTO
DISTRITAL
DE CULTURA
Y TURISMO
Y LA SECRETARÍA
DE EDUCACIÓN



IFPC-UNESCO

Con el aval del Fondo Internacional
para la Promoción de la Cultura



ALCALDÍA MAYOR
DE BOGOTÁ D. C.

Secretaría
EDUCACIÓN

Instituto Distrital
CULTURA Y TURISMO
Una Expedición por el Orgullo

Bogotá sin indiferencia

Robert Louis Stevenson

DR. JECKYLL
Y MR. HYDE

Alcaldía Mayor de Bogotá

Instituto Distrital de Cultura y Turismo
Secretaría de Educación del Distrito

Robert Louis Stevenson

*DR. JECKYLL
Y MR. HYDE*

Traducción de Javier Escobar Isaza

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ



Luis Eduardo Garzón
ALCALDE MAYOR DE BOGOTÁ

Instituto Distrital de Cultura y Turismo

Martha Senn
DIRECTORA

Víctor Manuel Rodríguez Sarmiento
SUBDIRECTOR DE FOMENTO A LAS ARTES
Y LAS EXPRESIONES CULTURALES

Ana Roda
GERENTE DE LITERATURA

Secretaría de Educación del Distrito

Abel Rodríguez Céspedes
SECRETARIO DE EDUCACIÓN DISTRITAL

Francisco Cajiao
SUBSECRETARIO ACADÉMICO

Isabel Cristina López
DIRECTORA DE GESTIÓN INSTITUCIONAL

Elsa Inés Pineda Guevara
SUBDIRECTORA DE MEDIOS EDUCATIVOS

Roberto Puentes Quenguan
DINAMIZADOR PLAN DISTRITAL DE LECTURA Y ESCRITURA

© De esta edición: Instituto Distrital de Cultura y Turismo, 2006
www.idct.gov.co

Bogotá, octubre 2006

Todos los derechos reservados. Prohibida su
reproducción total o parcial sin permiso del editor
Traducción cedida gentilmente por Editorial Norma

ISBN 958-8232-90-2

Asesor editorial: Julio Paredes Castro

Coordinadora de publicaciones: Diana Rey Quintero

Diseño gráfico: Olga Cuéllar + Camilo Umaña

Impreso por Prensa Moderna Impresores. Hecho en Colombia

CONTENIDO

La historia de la puerta	13
La búsqueda de mister Hyde	26
El doctor Jeckyll se encontraba muy tranquilo	42
El caso del asesinato de Carew	47
El incidente de la carta	56
El notable incidente del doctor Lanyon	66
El incidente de la ventana	74
La última noche	77
La narración del doctor Lanyon	101
Declaración completa sobre el caso, hecha por Henry Jeckyll	115

A KATHARINE DE MATTOS

*Es malo soltar los lazos
que Dios ha querido atar.
Hijos somos de los vientos
nórdicos, y del brezal.
Mas, ay, por nosotros dos,
lejos de nuestra morada,
se han de mecer con la brisa,
niña hermosa, las retamas.*

INTRODUCCIÓN

Robert Louis Stevenson (1850-1894) escribió *El extraño caso del Dr. Jeckyll y Mr. Hyde* en 1885 y aunque la novela disfrutó de cierto éxito en vida del autor, Stevenson ignoraba que esta historia escrita casi de un tirón se convertiría en uno de los clásicos más reconocidos de la literatura, ejerciendo una influencia múltiple en escritores de distintas lenguas y en distintos tiempos, sirviendo además como modelo definitivo para el futuro de los géneros literarios de la novela de misterio, policíaca y de terror. Insospechado también para Stevenson, *Dr. Jeckyll y Mr. Hyde* es un título que se ha repetido con insistencia en el medio del cine, y las referencias morales sobre el bien y el mal a las que aluden estos dos apellidos siguen siendo hoy en día reconocibles para los lectores contemporáneos.

En el argumento de la novela, siguiendo el estilo de un misterio aterrador que se revela paulatinamente, Stevenson nos cuenta que un médico y científico más o menos respetado, el Dr. Jeckyll, después de ingerir unas sales especialmente preparadas para tal propósito, consigue sacar a la luz del día y a la vista de sus sirvientes y

amigos más cercanos el ingrediente de mal que forma parte innata de su personalidad. Se trata en esencia de un experimento químico, científico y completamente racional, dictado por el afán moral de ver la constitución pura de esa maldad humana, presente siempre, según Dr. Jeekyll, en todos los hombres. Transformado en Mr. Hyde, Dr. Jeekyll experimentará una desconcertante sensación de ligereza y libertad, y al final descubrirá que el mal, a pesar de tener un peso menor en la naturaleza humana, terminará por ser más arrollador y potente, hasta el punto de disolver, en esa reacción química, al ingrediente predominante del bien.

Para Stevenson, gran parte de su obra narrativa vino de la inspiración inconsciente, del territorio de los sueños y los espejismos, un dualismo de realidad y ficción paralelo al dualismo del bien y el mal. Vivió además en una época, mitad y finales del siglo XIX, en la que el tema del 'doble', o del hombre escindido, compuesto de dos sustancias antagónicas, era tema recurrente en la literatura y la reflexión filosófica. Muchísimas obras de estos años recurrieron a la temática del individuo enfrentado a sus fantasmas internos, aunque en la breve novela de Stevenson el enfrentamiento tiene un carácter ambiguo, en el que se combinan la atracción

y la repulsión simultáneas por el mal, y en el que el lector puede reconocer también cierta vena pesimista.

Como varias de las circunstancias que rodearon la azarosa existencia de Robert Louis Stevenson, la historia de la escritura de *El extraño caso de Dr. Jeckyll y Mr. Hyde* estuvo cifrada también por el misterio y el mito. Según la anécdota, la obra que hoy leemos es la segunda versión de un primer relato que Stevenson había titulado 'The Travelling Companion' ('El compañero de viaje') y cuyo manuscrito terminó lanzando a las llamas de la chimenea después de un ataque de furia, como consecuencia de una discusión con su esposa Fanny Osbourne. Para Fanny el primer relato, la primera versión de los particulares lazos entre el bien y el mal que planteaba Stevenson, con un argumento en el que las referencias a los malvados placeres practicados por Mr. Hyde resultaban demasiado explícitas, harían tambalear su imagen de escritor de libros infantiles y de aventuras y, por añadidura, sería una circunstancia negativa para un eventual éxito comercial.

Al mito habría que agregar dos últimas curiosidades: la primera que, según palabras del propio Stevenson, la final versión de *Dr. Jeckyll y Mr. Hyde* hubiera sido concebida, escrita, re-escrita y publicada

en el lapso insólito de diez semanas, a pesar de sufrir su autor hemorragias y padecer complicaciones respiratorias; la segunda, aún más desconcertante, y quizás un tanto triste para sus lectores, es la afirmación hecha por Stevenson a una de sus confidentes, asegurándole que el manuscrito quemado en la chimenea había sido lo mejor que ‘hubiera escrito nunca’.

La historia de la puerta

MR. UTTERSON, abogado de profesión, era hombre de semblante severo, jamás iluminado por una sonrisa; de hablar parco, frío y difícil; tímido en lo referente al sentimiento, alto, delgado, sombrío y melancólico y, con todo, fácil de amar. Durante las reuniones entre amigos, sobre todo si el vino resultaba de su agrado, un destello muy humano asomaba a sus ojos; aunque éste jamás hallaba expresión en el habla, sí se comunicaba, no sólo en los símbolos silentes del rostro de quien acaba de cenar, sino, con mayor frecuencia e intensidad, en los actos de su vida. Era austero consigo mismo; bebía ginebra cuando se encontraba solo, para domeñar un gusto por los vinos añejos, y, aunque disfrutaba del teatro, no había franqueado las puertas de una sala durante veinte años. Pero tenía una tolerancia ya probada por los demás; a veces admiraba casi con envidia la intensa fuerza espiritual presente en las fechorías

de aquéllos y, en casos extremos, se inclinaba más a ayudar que a reprobear. “Me inclino a favor de la herejía de Caín”, solía decir con agudeza. “Dejo que mi hermano se vaya al diablo a su manera”. Por poseer un carácter tal, a menudo le cabía en suerte ser el último amigo honorable y la última influencia sana en las vidas de hombres que rodaban cuesta abajo. Y ante ellos, cuando se hacían presentes en su casa, jamás dejó asomar cambio alguno en su actitud.

Tal comportamiento sin duda le quedaba fácil a Mr. Utterson, hombre poco expresivo en el mejor de los casos y de amistades que también parecían fundadas en una similar comunión de bondad universal. Rasgo típico del hombre modesto es aceptar el círculo de amistades que le brinda la ocasión; y éste era el proceder del abogado. Sus amigos eran los de su misma sangre, o aquellos a quienes había conocido por más tiempo. Sus afectos, como la hiedra, habían crecido con el tiempo, sin exigir un objeto apropiado. De aquí, sin duda, el vínculo que lo unía con Mr. Richard Enfield, su pariente lejano, el muy conocido hombre de mundo. Para muchos resultaba un enigma qué podía ver el uno en el otro o qué tema común podían hallar. Según los que se topaban

con ellos en sus paseos dominicales, no hablaban nada, tenían un aspecto bien aburrido y recibían con evidente alivio la presencia de algún amigo. A pesar de todo, ambos hombres le daban la mayor importancia a estas excursiones, que consideraban la joya principal de cada semana, y no sólo dejaban de lado ocasiones de divertirse, sino que incluso resistían los llamados de los negocios, a fin de poder disfrutar de ellas en forma ininterrumpida.

Un buen día, durante uno de estos recorridos, el camino los llevó a cierta callejuela de un agitado barrio de Londres. La calle era estrecha y lo que suele llamarse tranquila, pero en semana abrigaba un comercio floreciente. Al parecer, todos sus habitantes eran prósperos y esperaban, emulando entre sí, prosperar aún más, por lo que exponían el excedente de sus ganancias con alguna coquetería. Así pues, las fachadas de las tiendas a lo largo de aquella vía ofrecían un aire seductor, como si se tratara de hileras de vendedoras sonrientes. Aun los domingos, cuando velaba sus más floridos encantos y se encontraba, por comparación, libre de tránsito, la calle brillaba en contraste con su oscuro vecindario, como un incendio en el bosque. Y con las sobrevidrieras recién

pintadas, los azófares bien bruñidos y el aspecto general de limpieza y alegría, llamaba la atención en seguida, dándole placer visual al transeúnte.

A dos puertas de una esquina, a mano izquierda en dirección al este, la línea se rompía con la entrada a un patio. En aquel preciso lugar, una siniestra edificación lanzaba su frontón sobre la calle. Tenía dos pisos; no se le veía ventana alguna, sólo una puerta en el piso inferior y un frente ciego, de revoque descolorido, en el superior; en cada uno de sus rasgos llevaba las señales de una negligencia prolongada y sórdida. La puerta, que carecía de campana y aldabón, estaba desteñida, con la pintura agrietada. Los vagabundos haraganeaban en la entrada y encendían fósforos, rastrillándolos sobre los paneles, y siempre había niños en las escaleras; el muchacho de escuela había ensayado su navaja sobre las molduras y durante casi una generación no había aparecido nadie que ahuyentara a estos visitantes fortuitos ni hiciera reparaciones en el producto de su vandalismo.

Mr. Enfield y el abogado se encontraban del lado opuesto de la callejuela, pero al llegar frente a la entrada, el primero levantó el bastón y señaló.

–¿Has observado alguna vez aquella puerta?
–preguntó. Cuando su compañero hubo dado una respuesta afirmativa, añadió–: En mi mente se asocia con una historia muy curiosa.

–¡No me digas! –exclamó Mr. Utterson, con ligero cambio en la voz–. ¿Y de qué se trataba?

–Pues fue como sigue –replicó Mr. Enfield–: me dirigía a casa, procedente de algún lugar del fin del mundo, alrededor de las tres de una negra mañana de invierno, por cierto camino que recorría una parte de la ciudad donde literalmente lo único que se podía ver eran faroles. Calles y más calles, y todo el mundo dormido; calles y más calles, todas iluminadas como para una procesión y tan desiertas como una iglesia. Por fin entré en aquel estado de ánimo en que uno escucha y escucha y comienza a sentirse ávido de toparse con algún policía. De repente, vi dos figuras: una de ellas, un hombrecito de andar pesado aunque rápido, que iba en dirección al este, y la otra, una niña de tal vez ocho o diez años que corría a todo dar, bajando por una calle transversal. Pues bien, como era apenas lógico, tropezaron el uno con el otro al llegar a la esquina. Entonces ocurrió la parte espantosa del asunto: con toda calma, el hombre

pisoteó el cuerpo de la niña y la dejó llorando a gritos en el suelo. Al oírlo contar da la impresión de ser asunto de poca monta, pero fue infernal verlo. No parecía un ser humano sino algún maldito Visnú. Di un vistazo, grité a voz en cuello, emprendí carrera, apercollé al señor y lo traje de nuevo hasta donde se había formado ya un corro bastante grande alrededor de la llorosa chiquilla. La serenidad del hombre era completa y no oponía resistencia alguna, pero me dirigió una sola mirada, tan fea que me puso a sudar como si estuviera corriendo. Los allí reunidos eran los parientes de la niña, y a poco se hizo presente un médico, cuya búsqueda había sido enviada. Pues bien, la pequeña no se encontraba en mal estado: más que todo estaba asustada, según el matasanos. Y allí supondría uno que habría terminado el incidente. Pero se presentó una circunstancia curiosa. Yo había comenzado a sentir aversión por mi hombre a primera vista. Lo mismo había ocurrido con la familia de la niña, cosa por demás natural. Pero el caso del médico fue lo que me causó mayor impresión. Se trataba de un boticario estereotipado, común y corriente, sin edad ni color especiales, con marcado acento de Edimburgo y más o menos tan emotivo como una

gaita. Pues bien, su estado era el mismo que el del resto de nosotros: yo veía al matasanos, cada vez que miraba a mi prisionero, enfermar y palidecer de ganas de matarlo. Bien sabía yo lo que pasaba por su mente, tal como él sabía lo que pasaba por la mía. Y como no era procedente un asesinato, acudimos a la segunda posibilidad. Le dijimos al hombre que estábamos dispuestos a armar un escándalo tal con relación a este asunto, que el hedor de su nombre se extendería de un extremo de Londres al otro. Si tenía amigos, o algún crédito, procuraríamos hacer que los perdiera. Y todo el tiempo, mientras lo regañábamos furibundos, teníamos que quitarle las mujeres de encima lo mejor que podíamos, pues se habían vuelto tan feroces como arpías. Jamás había visto un corrillo de rostros tan cargados de odio; y allí, en el centro, se hallaba el hombre, con una especie de frialdad sombría y desdeñosa –asustado también, lo podía ver– pero haciendo frente a la situación como un auténtico Satán.

–Si ustedes quieren sacar provecho económico de este accidente –dijo él–, yo, por supuesto, nada puedo hacer. No hay caballero que no desee evitar un escándalo –agregó–. Señálenme el monto.

Pues bien, le apretamos las clavijas hasta llegar a cien libras, para la familia de la niña. Es evidente que le habría gustado evadir el trato, pero había algo en todos nosotros que mostraba hasta dónde éramos capaces de llegar, y acabó por dar su aceptación. Ahora, debíamos conseguir el dinero. Y ¿adónde crees que nos llevó sino a aquel lugar, el de la puerta? En un santiamén sacó una llave, entró, y regresó a poco con diez libras en oro y un cheque de Coutts por el resto, pagadero al portador y firmado con un nombre que no puedo mencionar, si bien es uno de los puntos centrales de mi historia, un nombre que era al menos bien conocido y a menudo aparecía impreso. La cifra era elevada, pero la firma avalaría una cantidad mayor, con tal de ser genuina. Me tomé la libertad de indicarle al caballero que todo aquello parecía apócrifo y que en la vida real no entra una persona por la puerta de un sótano a las cuatro de la mañana para salir por ella con un cheque de otro hombre por cerca de cien libras. Pero él conservó la serenidad, y con un ademán burlón, dijo:

–Tranquilícense, que me quedaré con ustedes hasta que abran los bancos, y yo mismo cobraré el cheque.

De modo que todos, el doctor, el padre de la niña, nuestro amigo y yo, nos marchamos de allí y pasamos el resto de la noche en mis habitaciones. Al día siguiente, después del desayuno, como un solo hombre nos dirigimos al banco. Yo mismo entregué el cheque y dije que tenía buenas razones para creer que era falso. Pero no. El cheque resultó genuino.

–¡Ay, ay! –dijo Mr. Utterson.

–Veo que compartes mis sentimientos –dijo Mr. Enfield–. Sí, es una historia horrible, porque mi hombre es un sujeto con quien nadie quisiera tener nada que ver –un hombre de veras maldito–, y la persona que giró el cheque es el *non plus ultra* de la corrección. Muy conocido, además, y (lo que es peor) uno de aquellos seres que hacen lo que llaman el bien. Chantaje, me imagino; un hombre honrado que paga con un ojo de la cara las travesuras de su juventud. Desde entonces he dado en llamar a ese sitio, el de la puerta, la Casa del Chantaje. Aunque incluso eso, sabes, está lejos de explicarlo todo –añadió, sumiéndose con estas palabras en la vena meditativa.

De ésta lo sacó Mr. Utterson, preguntando de modo más bien repentino:

–¿Y no sabes si quien giró el cheque vive allí?

–Un lugar probable, ¿no es así? –replicó Mr.

Enfield–. Pero resulta que advertí su dirección. Vive en alguna plaza.

–¿Y nunca preguntaste sobre... el sitio ese de la puerta? –dijo Mr. Utterson.

–No, señor, tuve consideración –fue la respuesta–. Me disgusta hacer preguntas. Eso participa demasiado del estilo del día del juicio. Se hace una pregunta y es como echar a rodar una piedra. Está uno tranquilo sentado en lo alto de una colina y allá va la piedra, empujando otras; y a poco, alguna mansa paloma (en la que menos habrías pensado) recibe un golpe en la cabeza en su propio solar, y la familia tiene que cambiar de nombre. No, señor, lo he convertido en norma: mientras más parece que haya algo raro, tanto menos pregunto.

–Excelente regla, por cierto –dijo el abogado.

–Pero he estudiado el lugar por mi cuenta

–prosiguió Mr. Enfield–. Apenas parece una casa.

No hay ninguna otra puerta, y nadie entra ni sale por aquélla, salvo, muy de vez en cuando, el caballero de mi aventura. En el primer piso hay tres ventanas que dan sobre el patio, y abajo, ninguna. Estas se

mantienen cerradas, pero limpias. Y hay además una chimenea, que suele estar humeando, de modo que alguien debe vivir allí. Y con todo, no es tan seguro que así sea, pues las construcciones en torno de aquel patio son tan apeñuscadas que es difícil decir dónde termina la una y comienza la otra.

La pareja siguió caminando un rato en silencio; y entonces:

–Enfield –dijo Mr. Utterson–, esa regla tuya es excelente.

–Sí, creo que lo es –replicó Mr. Enfield.

–Pero a pesar de todo –prosiguió el abogado–, hay un punto sobre el que deseo preguntar: quiero pedirte el nombre del tipo que atropelló a la niña.

–Bueno –dijo Mr. Enfield–, no veo qué daño pueda hacer. Fue alguien de apellido Hyde.

–Ajá –dijo Mr. Utterson–. ¿Qué clase de hombre es, a juzgar por su aspecto?

–No es fácil describirlo. Algo anda mal con su apariencia: hay algo repugnante, francamente detestable. Jamás había visto a un hombre que me disgustara tanto, y sin embargo apenas sé por qué. Debe tener alguna deformidad; produce una gran sensación de deformidad, aunque no podría

especificar el punto. Es un individuo de un aspecto que no es normal y, con todo, no puedo en realidad señalar nada fuera de lo común. No, señor, no le encuentro lado; no soy capaz de describirlo. Y no es falta de memoria, pues créeme que puedo verlo en este instante.

Otra vez, Mr. Utterson siguió caminando en silencio un trecho, obviamente bajo el peso de la reflexión.

–¿Estás seguro de que utilizó una llave? –preguntó por fin.

–Mi querido amigo... –comenzó Mr. Enfield, sorprendido.

–Sí –dijo Mr. Utterson–. Sé que debe parecer extraño. El hecho es que, si no te pido el nombre de la otra persona, es porque ya lo sé. Como ves, Richard, tu cuento dio en el blanco. En caso de que hayas cometido alguna inexactitud, sería mejor que la corrigieras.

–Tal vez debiste haberme prevenido –replicó el otro, un tanto malhumorado–. Pero yo he tenido una exactitud pedante, como dices tú. El tipo tenía una llave y, lo que es más, la tiene aún. Lo vi usarla hace menos de una semana.

Mr. Utterson suspiró hondo, pero no dijo palabra y, a poco, el joven prosiguió:

–He aquí otra lección para no hablar –dijo–. Me avergüenzo de ser lengüilargo. Hagamos un pacto: jamás volvamos a referirnos a esto.

–De todo corazón –dijo el abogado–. Choquémoslas por eso, Richard.

La búsqueda de mister Hyde

AQUELLA NOCHE Mr. Utterson llegó a su casa de soltero con ánimo taciturno y se sentó a cenar sin apetito. Los domingos, una vez terminada esta comida, solía sentarse cerca a la chimenea, con un ejemplar de algún árido teólogo sobre la mesa de lectura, hasta que el reloj de la iglesia vecina daba las doce, hora en que se acostaba, sereno y agradecido. Esta noche, empero, tan pronto levantaron la mesa, tomó una vela y entró a su cuarto de trabajo. Allí abrió la caja fuerte, del rincón más oculto sacó un documento cuyo sobre llevaba el título de “Testamento del Dr. Jeckyll”, y se sentó con semblante sombrío a estudiar su contenido. Era un testamento ológrafo, dado que, si bien ahora, cuando ya estaba escrito, Mr. Utterson se había hecho cargo de él, se había negado a prestar la más mínima asistencia en su elaboración; en él se disponía que, en caso del fallecimiento de Henry Jeckyll, M.D., D.C.L., LL.

D., F.R.S., & ETC., todas sus posesiones habrían de pasar a manos de su “amigo y benefactor Edward Hyde”, pero que en caso de la “desaparición del Dr. Jeckyll o de su ausencia inexplicada por un período superior a los tres meses calendario”, el susodicho Edward Hyde debería ocupar la posición del mencionado Henry Jeckyll sin ninguna tardanza ulterior, y quedaría libre de cualquier carga u obligación que no fuera el pago de algunas pequeñas sumas a los miembros de la servidumbre del médico. Este documento había sido por mucho tiempo el dolor de cabeza de Mr. Utterson. Lo ofendía no sólo como abogado sino como amante de la vida cuerda y normal, para quien lo extravagante era una indecencia. Hasta aquel día había sido el hecho de no conocer a Mr. Hyde lo que inflamaba su indignación; pero ahora, por un giro imprevisto, el conocerlo era la causa de su indignación. Ya era malo de por sí cuando sólo se trataba de un nombre del que nada podía saber, pero se agravaba al comenzar éste a vestirse de atributos detestables. Y de las nieblas huidizas, insustanciales, que tanto tiempo habían confundido su mirada, surgió de pronto el presentimiento repentino, definido, de que se trataba de un enemigo.

–Pensaba que era un caso de locura –dijo, mientras volvía a colocar el odioso papel en la caja fuerte–, pero ahora comienzo a temer que se trate de una desgracia.

Y diciendo esto apagó la vela, se puso una capa y salió en dirección de Cavendish Square, la ciudadela médica donde su amigo, el famoso Dr. Lanyon, tenía su casa y atendía a sus múltiples pacientes. “Si alguien lo sabe, será Lanyon”, pensaba.

El solemne mayordomo lo conocía y le dio la bienvenida; lo hizo entrar sin someterlo a ninguna demora y lo condujo directamente de la puerta al comedor, donde el doctor Lanyon se hallaba sentado, solo ante su vino. Era éste un caballero bonachón, saludable, atildado y rubicundo, de canas prematuras en su abundante cabellera y carácter bullicioso y decidido. Al ver a Mr. Utterson, se apresuró a levantarse de su silla y saludarlo con ambas manos. La afabilidad, como la practicaba, resultaba algo teatral a la vista, pero tenía su origen en sentimientos genuinos, pues los dos hombres eran viejos amigos, antiguos compañeros de escuela y de la universidad, dueños ambos de un gran respeto por sí y por el otro, y, lo que no siempre sucede, personas que

disfrutaban a plenitud de la mutua compañía.

Después de divagar un poco, el abogado llevó la conversación al tema que le producía tan desagradable preocupación.

–Supongo, Lanyon –dijo–, que tú y yo somos los dos amigos más viejos de Henry Jeckyll.

–Ya quisiera que fuéramos más jóvenes –bromeó el doctor Lanyon–. Pero me temo que es cierto. ¿Y qué? En la actualidad lo veo muy poco.

–¡Cómo así! –dijo Utterson–. Creía que tenían un vínculo de interés común.

–Lo tuvimos –fue su respuesta–. Pero desde hace más de diez años Henry Jeckyll se volvió demasiado extravagante para mi gusto. Comenzó a andar mal, mal de la mente. Y aunque sigo, por supuesto, interesándome en él, en aras de la antigua amistad, como dicen, lo veo y lo he visto demasiado poco. Cháchara tan poco científica –añadió el médico, sonrojándose de repente y asumiendo un color púrpura– habría apartado aun a Damon y Pitias.

Este pequeño arrebató de mal humor significó más bien un alivio para Mr. Utterson. “Sólo han disentido en cuestiones de ciencia”, pensó. Y no siendo hombre de pasiones científicas (a no ser que

se tratara de la preparación de alguna escritura), se atrevió a añadir:

–¡No es nada más grave que eso! –dándole a su amigo algunos segundos que le permitieran recuperar su compostura, antes de abordar el asunto que había venido a exponer.

–¿Conociste alguna vez a un protegido suyo, a un tal Hyde? –preguntó.

–¿Hyde? –repitió Lanyon–. No. Jamás oí hablar de él. No en la época mía.

Ésta, y nada más, fue la información que el abogado llevó consigo a la grande y oscura cama, donde estuvo revolcándose de un lado a otro hasta que las últimas horas de la noche comenzaron a dar paso a las primeras del amanecer. Fue una noche de escaso descanso para su mente febril, agitada en medio de la oscuridad más total y asaltada por mil interrogantes.

Dieron las seis en las campanas de la iglesia, tan cerca de su residencia para conveniencia suya, y seguía dándole vueltas al problema. Éste, hasta entonces, sólo lo había tocado en lo intelectual, mas ahora también su imaginación se veía atraída, o mejor dicho, esclavizada. Y mientras yacía,

revolcándose en la densa oscuridad de la noche y del cuarto encortinado, el relato de Mr. Enfield se desarrollaba ante su mente en forma de imágenes iluminadas. Percibió la gran extensión de luces en una ciudad nocturna; luego, la figura de un hombre que caminaba de prisa; en seguida, una niña que salía corriendo de casa del médico; a continuación, ambos se topaban, y el Visnú humano atropellaba a la niña y pasaba por encima de ella, haciendo caso omiso de sus gritos. O veía una habitación de una casa suntuosa, donde su amigo dormía y soñaba, sonriendo en medio de los sueños; se abría luego la puerta de aquel cuarto, recorrían con fuerza las cortinas de la cama, llamaban al durmiente, y, ¡oh!, se erguía junto a él una figura dotada de poderes, que incluso a aquellas horas muertas lo obligaba a levantarse, para cumplir sus órdenes. La figura de estas dos fases persiguió al abogado durante toda la noche, y si en algún momento dormitaba, era sólo para verla deslizarse con mayor sigilo a través de casas sumidas en el sueño, o moverse con una rapidez creciente, de vértigo, por los amplios laberintos de una ciudad iluminada por faroles y atropellar en cada esquina a una niña, a quien dejaba gritando. Y

no obstante, la figura carecía de un rostro por el que pudiera conocerla; hasta en sus sueños carecía de rostro, o era uno tal que lo dejaba perplejo y se diluía ante sus ojos. Fue así como en la mente del abogado despertó y creció rauda una curiosidad, de fuerza singular, casi desordenada, por contemplar los rasgos del verdadero Mr. Hyde. Pensó que bastaría con posar sus ojos en él una sola vez para que el misterio, esclareciéndose, desapareciera quizá, como suele suceder con lo misterioso, una vez bien examinado. Podría tal vez ver la razón de la extraña deferencia o esclavitud de su amigo (llámese como quiera), y aun la de las sorprendentes cláusulas del testamento. Cuando menos, sería un rostro que valdría la pena ver: el de un hombre sin hígados ni misericordia. Un rostro que con sólo mostrarse había hecho surgir en la mente del poco impresionable Enfield un espíritu de odio que perduraba aún.

Desde ese momento Mr. Utterson comenzó a rondar por la puerta de aquella callejuela llena de tiendas. Por la mañana, antes de las horas de oficina; a medio día, cuando el movimiento era abundante y el tiempo escaso; en la noche, bajo el rostro nublado de la luna. Con todas las luces y a todas las horas, de

soledad o de congestión, era posible hallar al abogado apostado en su lugar.

“Si es propio de él ocultarse”, pensaba, “propio de mí será buscarlo”.

Y por fin su paciencia se vio recompensada. Fue en una noche bonita y seca, de aire helado. Las calles estaban tan despejadas como el piso de un salón de baile. Los faroles, inmóviles por falta de viento, proyectaban una trama regular, de luces y sombras. Hacia las diez de la noche, con las tiendas ya cerradas, el callejón se encontraba en total soledad, y en medio del murmullo sordo circundante de Londres reinaba el silencio. Los ruidos pequeños se propagaban a lo lejos; los domésticos, procedentes de las casas, se oían con claridad a lado y lado de la calle, y el rumor de un transeúnte que se acercaba precedía su llegada por largo rato. Mr. Utterson llevaba algunos minutos apostado en su lugar cuando advirtió que se aproximaban unos pasos extraños y ligeros. En el curso de sus patrullajes nocturnos hacía mucho tiempo se había acostumbrado al efecto peculiar con que los pasos de una sola persona, lejana aún, se destacan de pronto con claridad por entre el vasto susurro y el estrépito de la ciudad. Empero, su atención nunca

antes se había visto cautivada de manera tan aguda y decisiva como ahora, y con un fuerte y supersticioso presagio de éxito se escondió a la entrada del patio.

Los pasos se fueron acercando veloces, haciéndose más intensos al doblar la esquina. Espiando desde la entrada, el abogado logró percatarse pronto de la clase de persona con quien tendría que vérselas. Se trataba de un hombre de baja estatura, que vestía de manera muy común. De algún modo, su aspecto, aun desde aquella distancia, producía una fuerte aversión en quien lo observaba. Pero el hombre caminó derecho hacia la puerta, cruzando la calle para ahorrar tiempo, y al aproximarse sacó una llave del bolsillo, como quien llega a casa.

Utterson dio un paso adelante y le tocó el hombro al pasar.

—¿No es usted Mr. Hyde?

Éste retrocedió asustado y aspirando el aire con un silbido, pero su temor fue sólo momentáneo, y aunque no miró al abogado a la cara, respondió con toda frescura:

—Ése es mi apellido. ¿Qué desea usted?

—Veo que se dispone a entrar —replicó el abogado—. Soy un viejo amigo del doctor Jeckyll: Mr.

Utterson, de la calle Gaunt. Seguramente habrá oído mi nombre. Ante encuentro tan oportuno, pensé que tal vez me dejaría entrar.

–No podrá ver al doctor Jeckyll. Está ausente –replicó Mr. Hyde, introduciendo la llave. Y luego, aún sin mirarlo, preguntó de improviso:

–¿Cómo supo quién era yo?

–Al menos –dijo Mr. Utterson–, ¿me quiere hacer un favor?

–Con gusto –replicó el otro–. ¿Cuál será?

–¿Me deja verle la cara? –preguntó el abogado.

Mr. Hyde pareció vacilar. Luego, como quien lo ha pensado mejor, lo afrontó desafiante, y ambos se observaron con mirada fija por unos segundos.

–Así lo podré reconocer en otra oportunidad –dijo Mr. Utterson–. Puede ser útil.

–Sí –replicó Mr. Hyde–, está bien habernos conocido. Y, a propósito, es bueno que tenga mi dirección –y le dio un número de una calle en el Soho.

“¡Santo Dios!”, pensó Mr. Utterson, “¿será que también él ha estado pensando en el testamento?”, pero guardó los sentimientos para sí, limitándose a un gruñido, en reconocimiento por la dirección.

–Y bien –dijo el otro–, ¿cómo supo quién era yo?

–Por una descripción –fue la réplica.

–¿La descripción de quién?

–Tenemos amigos en común –dijo Mr. Utterson.

–¡Amigos en común! –le hizo eco Mr. Hyde, con algo de aspereza–. ¿Quiénes son?

–Jeckyll, por ejemplo –dijo el abogado.

–Él no le contó nada –exclamó Mr. Hyde, enrojándose de ira–. No pensé que usted fuera capaz de mentirme.

–Vamos –dijo Mr. Utterson–, no le queda bien hablar así.

El otro lanzó una fuerte y desdeñosa risotada, y un momento después, con extraordinaria celeridad, abrió la puerta y desapareció dentro de la casa.

El abogado permaneció un momento donde Mr. Hyde lo dejara, el retrato mismo del desasosiego. Luego subió por la calle con lentitud, deteniéndose cada dos o tres pasos y llevándose la mano a la frente, como quien se encuentra muy perplejo. El problema en que se debatía mientras caminaba era de aquellos que rara vez hallan solución. Mr. Hyde era un hombre pálido y con aspecto de enano, que daba la impresión de ser deforme, sin tener una

malformación que pudiera definirse. Era desagradable su sonrisa, y el comportamiento para con el abogado era una especie de mezcla asesina de timidez y atrevimiento, con su hablar de voz ronca, un poco entrecortada y susurrante. Estos eran puntos en contra suya, pero ni todos juntos bastaban para explicar el desagrado, el desprecio y la repugnancia, jamás antes conocidos, que Mr. Utterson sintió por él. “Debe haber algo más”, se dijo el caballero, perplejo. “Hay algo más, así no pueda encontrarle nombre. Dios me bendiga, ¡ese hombre no parece humano! ¿Un tanto troglodita, diríamos? ¿Será la vieja historia del Dr. Fell, o los meros reflejos de un alma maldita que transpiran así a través de su continente de barro, transfigurándolo? Debe ser esto último, porque, ah, mi pobre y viejo Henry Jeckyll, si alguna vez he leído la firma de Satanás en un rostro, ¡es en el de tu nuevo amigo!”

A la vuelta de la esquina de la callejuela había una plaza de hermosas casas antiguas, en decadencia ahora casi todas con relación a su pasado de alcurnia, arrendadas por apartamentos y piezas a hombres de todas las clases y condiciones: dibujantes de mapas, arquitectos, oscuros abogados y agentes de

dudosas empresas. Sin embargo, una casa, la segunda a partir de la esquina, seguía ocupada como una totalidad. Y ante su puerta, que reflejaba opulencia y confort a pesar de hallarse ahora sumida en la oscuridad –de no ser por la luz del montante– se detuvo Mr. Utterson y tocó. Un sirviente de edad avanzada, muy bien vestido, le abrió la puerta.

–¿Está el doctor Jeckyll en casa, Poole? –preguntó el abogado.

–Voy a ver, Mr. Utterson –dijo Poole, conduciendo al visitante, mientras hablaba, hasta un salón grande y cómodo, de techo bajo, piso de baldosas, calentado (a la usanza de las casas de campo) por una chimenea abierta y brillante, y provisto de costosos armarios de roble–. ¿Quiere usted esperar aquí junto al fuego, señor, o prefiere que le alumbré el comedor?

–Aquí está bien, gracias –dijo el abogado, acercándose a la alta baranda para recostarse. Esta antesala, en la que ahora se encontraba solo, era un capricho especial de su amigo el médico, y el propio Utterson solía referirse a ella diciendo que era el salón más agradable de todo Londres. Pero esta noche la sangre se le helaba en las venas. El rostro de Hyde

había quedado grabado en su memoria. Sentía (cosa rara en él) náuseas, unidas a un disgusto por la vida. Y, a causa del abatimiento de su espíritu, le parecía leer amenazas en la titilante luz del fuego que daba sobre los pulidos armarios y en el sobresalto intranquilizador de la sombra sobre el techo. Se avergonzó de sentir alivio cuando Poole regresó al cabo de un rato para anunciarle que el doctor Jeekyll había salido.

–Vi a Mr. Hyde entrar por el antiguo cuarto de disecciones, Poole –dijo. ¿Es normal eso, cuando el doctor Jeekyll se encuentra fuera de casa?

–Sí, está bien, Mr. Utterson –replicó el sirviente–. Mr. Hyde tiene llave.

–Su amo parece darle mucha confianza a ese joven, Poole –empezó a decir el otro, vacilante.

–Sí, señor, así es –dijo Poole–. Todos tenemos órdenes de obedecerle.

–No creo haber conocido antes a Mr. Hyde –dijo Utterson.

–No, señor, claro que no. Nunca lo invitan a cenar aquí –replicó el mayordomo–. La verdad es que lo vemos muy poco en este lado de la casa; casi siempre entra y sale por el laboratorio.

–Bien, buenas noches, Poole.

–Buenas noches, Mr. Utterson.

Y el abogado se marchó a casa con un gran peso en el corazón. “Pobre Henry Jeckyll”, pensó. “¡Algo me dice que está metido en líos! De joven solía ser un tanto alocado, aunque de ello hace mucho tiempo, es verdad. Pero en la ley de Dios no hay limitaciones estatutarias. Ah, eso debe ser; el fantasma de algún viejo pecado, el cáncer de alguna desgracia oculta; el castigo que llega, *pede claudo*, años después que la memoria ha olvidado y el amor propio ha perdonado la falta.” Y el abogado, a quien aquel pensamiento había llenado de temor, se marchó, preocupado por su propia vida pasada, escudriñando todos los rincones de la memoria, no fuera que le diera por salir a la luz a algún esqueleto oculto en el armario. Su pasado estaba bastante libre de culpa, y si bien muy pocos hombres podrían leer las listas de su vida con menor temor, se humilló hasta morder el polvo por las muchas cosas malas que había hecho, y se levantó de nuevo, sereno y con temeroso agradecimiento por las muchas cosas malas que había estado muy cerca de hacer, pero que había logrado evitar. Luego, volviendo al tema anterior, concibió un rayo

de esperanza. “Si a este maestro Hyde se lo estudiara” pensó, “se le encontrarían sus propios secretos: secretos negros, según parece; secretos, comparados con los cuales, los peores del pobre Dr. Jeckyll parecerían rayos de sol. Esto no puede continuar como va. Se me hiela la sangre cuando pienso en el tipo colándose como un ladrón hasta la cabecera de la cama de Henry. ¡Pobre Henry, qué despertar! ¡Y qué peligro! Pues si este Hyde sospecha de la existencia del testamento, se puede impacientar por heredar. Ay, sí, debo meterle el diente al asunto; si tan sólo me lo permitiera”, agregó. “Con que Jeckyll me lo permitiera”. Y una vez más vio en su mente, tan claras como una transparencia, las extrañas cláusulas del testamento.

El doctor Jeckyll se encontraba muy tranquilo

UNOS QUINCE días más tarde, tuvo la buena suerte de que el doctor les ofreciera una de sus agradables cenas a unos cinco o seis viejos compinches, todos ellos hombres de bien, de gran inteligencia y catadores del buen vino. Mr. Utterson se las arregló para quedarse cuando hubieron partido los demás. Esto no era nuevo; lo había hecho cientos de veces desde tiempo atrás. Donde Utterson era estimado, lo estimaban de veras. A los anfitriones les encantaba retener al poco efusivo abogado cuando los frívolos y parlanchines ya tenían un pie en el umbral. Les gustaba sentarse un rato en su discreta compañía, para acostumbrarse a la soledad y recuperar la serenidad en el rico silencio del hombre, luego del desgaste y la tensión del regocijo. El doctor Jeckyll —un hombre de rostro suave, bien hecho, alto, de cincuenta años, aspecto un tanto ladino, quizás,

pero con todas las señas de competencia y nobleza—no era la excepción a esta regla y ahora, sentado al lado opuesto de la chimenea, se veía que le profesaba a Mr. Utterson un afecto sincero y caluroso.

—He querido hablar contigo, Jeckyll —comenzó este último—. ¿Recuerdas ese testamento tuyo?

Un buen observador podría haber deducido que el asunto le disgustaba, pero el doctor lo trató con buen humor.

—Mi pobre Utterson —dijo—, qué desafortunado eres al tener un cliente como yo. Jamás había visto a nadie tan preocupado como tú por mi testamento, a no ser a ese retrógrado pedante de Lanyon, con relación a lo que llamaba mis herejías científicas. Oh, yo sé que es un buen hombre —no necesitas fruncir el ceño—, un excelente tipo, a quien pretendo seguir tratando, pero no por ello menos retrógrado y pedante. Un ignorante; ni más ni menos que un pedante. Nadie me había decepcionado tanto como Lanyon.

—Tú sabes que nunca estuve de acuerdo con él —volvió a empezar Utterson, sin parar mientes en el nuevo tema.

—¿Con mi testamento? Sí, claro que lo sé —dijo

el médico con tono un poco cortante-, así me lo has dicho.

-Pues bien, otra vez te lo vuelvo a decir -continuó el abogado-. Me he enterado de ciertas cosas sobre Hyde.

El rostro agradable y grande del doctor Jekyll palideció hasta los mismos labios, y sus ojos se ensombrecieron.

-No quiero oír hablar más de eso -dijo-. Pensaba que habíamos acordado dejar este tema de lado.

-Lo que oí decir fue algo abominable -dijo Utterson.

-Eso no cambia nada. No comprendes mi posición -replicó el médico, con comportamiento un tanto incoherente-. Estoy en una situación dolorosa, Utterson; mi posición es muy extraña, muy extraña. Se trata de uno de esos asuntos que no se pueden solucionar con sólo hablar.

-Jeekyll -dijo Utterson-, me conoces bien: soy persona en quien se puede confiar. Confíesámelo todo, no me cabe la menor duda de que te saco del apuro.

-Mi buen Utterson -dijo el médico-, eres muy noble, eres bueno hasta más no poder, y no encuentro palabras con qué agradecerte. Te creo con fe

ciega; confiaría en ti antes que en cualquier otro ser viviente. Sí, antes que en mí mismo, de serme dado escoger; mas no es lo que imaginas. No es tan grave como crees, y sólo para darle descanso a tu buen corazón te voy a contar algo: puedo deshacerme de Mr. Hyde en cuanto lo decida. Te doy mi palabra de honor y te lo agradezco una y otra vez. Sólo voy a añadir otra palabrita, Utterson, con la seguridad de que no te va a ofender: éste es un asunto íntimo, y te ruego que lo dejes dormir.

Utterson reflexionó un poco, mirando el fuego.

–Sin duda tienes toda la razón –dijo al fin, y se levantó.

–Bien, pero ya que hemos tocado este asunto, y espero que por última vez –continuó el doctor–, hay un punto que me gustaría que entendieras. En realidad siento un gran interés por el pobre Hyde. Sé que lo viste; él me lo dijo, y temo que haya sido grosero. Pero sinceramente, tengo un gran interés, un interés muy grande en ese joven, y si llego a faltar, Utterson, prométeme encargarte de él y darle lo que le corresponde. Estoy seguro de que, si conocieras toda la historia, así lo harías, y me quitarías un gran peso de encima si me lo prometieras.

–No puedo pretender que ese hombre llegue a gustarme alguna vez –dijo el abogado.

–No pido eso –suplicó Jeckyll, poniendo la mano sobre el brazo del otro–; sólo pido justicia; sólo te pido que le ayudes, por mí, cuando yo ya no me encuentre en este mundo.

Uttersson emitió un suspiro que no pudo reprimir.

–Está bien –dijo–, lo prometo.

El caso del asesinato de Carew

Casi un año después, en el mes de octubre de 18—, Londres se estremeció por un crimen de singular violencia, mucho más destacado a causa de la alta posición social de la víctima. Los detalles eran escasos y sorprendentes. Alrededor de las once de la noche, una criada, que vivía sola en una casa no lejos del río, había subido a acostarse. Aunque pasada la medianoche la ciudad solía quedar envuelta en la niebla, al comienzo había estado despejada, y el sendero, visible desde la ventana de la criada, se iluminaba con el resplandor de la luna llena. Al parecer la joven tenía inclinaciones románticas, pues se sentó sobre el arcón, situado exactamente bajo la ventana, y se sumió en sueños contemplativos. Jamás (decía ella con lágrimas en los ojos, al narrar aquella historia), jamás se había sentido tan reconciliada con los hombres ni había albergado pensamientos más nobles sobre el mundo. Encontrándose así sentada, advirtió la presencia de un caballero de edad, hermoso y de pelo blanco, que se acercaba por el camino; a su encuentro avanzaba otro, muy bajo, a quien en un comienzo prestó poca atención. Cuando hubieron llegado a

distancia suficiente para poder hablar (lo que sucedió exactamente debajo de la mirada de la criada), el más viejo, haciendo una venia, abordó al otro con modales bien corteses. El tema de esta conversación parecía trivial; más aún, su modo de señalar sugería que sólo averiguaba el camino; mas la luna brillaba sobre su rostro al hablar, y la criada disfrutaba mirándolo, pues transpiraba aquella inocencia y nobleza de carácter propias de épocas pasadas, aunadas a algo elevado, como una bien cimentada satisfacción personal. A poco, los ojos de la chica se posaron en el otro hombre y se sorprendió, pues reconoció en él a un cierto Mr. Hyde, un tipo que había visitado alguna vez a su amo y le había inspirado a ella desagrado. Jugeteaba con un bastón pesado que llevaba en la mano, pero no contestó palabra, limitándose a escuchar al otro con mal refrenada impaciencia. De repente, sin más, se desató en un virulento ataque de ira, comenzó a dar patadas contra el piso, a blandir el bastón y a portarse (según lo describió la criada) como un energúmeno. En cuanto al anciano, retrocedió, con visos de encontrarse atónito y algo herido, Mr. Hyde acabó entonces de salirse de sus casillas y lo aporreó con el bastón hasta tumbarlo al piso. Acto

seguido comenzó a pisotearlo con furia simiesca, descargando sobre él una tormenta de golpes bajo los cuales se oía el quebrar de huesos. Y el cuerpo daba saltos sobre la calle. Horrorizada ante tales imágenes y sonidos, la criada se desmayó.

A las dos, cuando volvió en sí y llamó a la policía, hacía rato que el asesino se había marchado, pero allí, en medio del camino, yacía la víctima, increíblemente desfigurada. El palo con que se había consumado la fechoría, a pesar de ser de una madera fuerte y pesada, muy poco común, se había partido en dos bajo la presión de tan insensata golpiza, y una parte, astillada, había rodado hasta la alcantarilla vecina, mientras el asesino sin duda se había llevado la otra. A la víctima le encontraron una billetera y un reloj de oro, pero nada de tarjetas o papeles, salvo un sobre estampillado y sellado, que quizá llevaba al correo, con el nombre y dirección de Mr. Utterson.

Al abogado se lo trajeron a la mañana siguiente, antes de levantarse, y no bien lo hubo visto y escuchado las circunstancias, exclamó:

—No diré nada hasta ver el cadáver; esto puede ser muy grave. Tenga la amabilidad de esperar mientras me visto —y con el mismo semblante adusto

desayunó de prisa y se dirigió a la estación de policía, adonde habían trasladado el cadáver. Apenas entró en la celda, asintió con la cabeza.

–Sí –dijo–, lo reconozco. Siento decir que se trata de Sir Danvers Carew.

–¡Santo Dios, señor! –exclamó el agente–, ¿será posible? –y al instante le brillaron los ojos con ambición profesional–. Esto hará mucho ruido –dijo–. Quizás usted nos pueda a ayudar a encontrar al responsable –e hizo una breve narración de lo visto por la criada, mostrándole el palo roto.

Mr. Utterson se había estremecido ante el nombre de Hyde, pero cuando le presentaron el bastón ya no pudo seguir dudando: roto y estropeado como estaba, reconoció el bastón que él mismo le regalara a Henry Jeekyll muchos años atrás.

–¿Es este Mr. Hyde persona de baja estatura? –preguntó.

–Especialmente bajo y mal encarado, al decir de la criada –contestó el agente.

Mr. Utterson pensó un rato y luego, alzando la cabeza, dijo:

–Si vienen conmigo en el coche, creo que los puedo llevar a su casa.

A todas éstas eran ya las nueve de la mañana, y se encontraban en medio de la primera niebla de esta época del año. Un enorme velo color chocolate pendía del cielo, pero el viento le dirigía sus continuos embates, poniendo en retirada esos vapores fortificados, de suerte que mientras el cabriolé marchaba con lentitud de calle en calle, Mr. Utterson contemplaba una maravillosa variedad de grados y tonos crepusculares, pues aquí oscurecía como si muriera la tarde, allá brillaba un marrón espeluznante y rico como la luz de una extraña conflagración, y acullá por un momento se rompía del todo la neblina y un pálido rayo de luz diurna se asomaba por entre las coronas de nubes arremolinadas. A los ojos del abogado, el deprimente barrio del Soho, visto bajo estas imágenes cambiantes, con el barro de sus caminos, los transeúntes sucios, los faroles nunca apagados o vueltos a encender para combatir esta nueva y dolorosa invasión de tinieblas, semejava el barrio de alguna ciudad de pesadilla. Los pensamientos que le cruzaban por la cabeza tenían, además, el más oscuro de los tintes, y cuando le daba una mirada a su compañero de coche experimentaba un toque de aquel terror a la ley y a sus agentes que a

veces puede asaltar hasta al más honrado.

Cuando el cabriolé se detuvo frente a la dirección indicada, la niebla se aclaró un poco, dejando ver una calle oscura, un bebedero de ginebra, un comedero francés de mala muerte, una tienda de baratijas y de ensaladas de dos peniques, gran número de niños mal vestidos, acurrucados en los zaguanes, y cantidad de mujeres de diferentes nacionalidades que salían, llave en mano, a beber una copa matutina. Al momento volvió la neblina a asentarse en aquel lugar, con un tinte tan oscuro como el ocre, y aisló a Utterson por completo de su tenebroso entorno. Éste es el hogar del preferido de Henry Jeckyll, heredero de un cuarto de millón de libras esterlinas.

Una anciana de rostro marfileño y cabellos plateados abrió la puerta. Su cara maligna se suavizaba con la hipocresía, mas eran excelentes sus modales. Dijo que sí, que ésta es la casa de Mr. Hyde, quien no se encontraba en el momento. Había llegado muy tarde por la noche, pero se había vuelto a marchar en menos de una hora. No había nada de extraño en ello, pues tenía hábitos muy irregulares y a menudo se ausentaba. Por ejemplo, hasta ayer habían pasado

casi dos meses desde que ella lo viera por última vez.

–Bien, entonces queremos ver su apartamento –dijo el abogado, y cuando la mujer empezó a alegar que sería imposible, añadió–. Es mejor que le diga quién es este hombre. Se trata del inspector Newcomen, de Scotland Yard.

Un rayo repugnante de dicha surcó el rostro de la mujer.

–¡Ah! –dijo–. ¡Se metió en líos! ¿Qué hizo?

Mr. Utterson y el inspector intercambiaron miradas.

–No parece ser un tipo muy popular –observó este último–. Y ahora, mi buena mujer, simplemente permítanos, al caballero y a mí, dar una mirada por los alrededores.

De toda aquella casa, que, exceptuando a la anciana, se encontraba vacía, Mr. Hyde ocupaba tan sólo un par de cuartos. Con todo, éstos habían sido amoblados con lujo y buen gusto. Tenía una despensa llena de vino. La vajilla era de plata, la mantelería elegante. Sobre la pared colgaba un cuadro de buena calidad, regalo (supuso Utterson) de Henry Jeckyll, gran conocedor, y los tapetes eran tupidos y de color agradable. En aquel momento, sin embargo,

las habitaciones presentaban huellas de acabar de ser desvalijadas con premura, pues por todo el piso había vestidos regados, con los bolsillos afuera. Los armarios, que tenían cerrojos, se encontraban abiertos, y en la chimenea había una gran pila de cenizas grises, como si hubieran quemado numerosos papeles. De entre estos rescoldos desenterró el inspector el cabo de una chequera de color verde, que había resistido la acción del fuego. La otra mitad del palo apareció detrás de la puerta, y como esto confirmaba sus sospechas, el agente se declaró muy satisfecho. Una visita al banco, donde encontraron varios miles de libras en la cuenta del asesino, completó su dicha.

—Puede estar seguro, señor —le dijo a Mr. Uttersen—, de que lo tengo en mis manos. Debe haber perdido el seso; de lo contrario, jamás habría dejado el palo y, sobre todo, jamás habría quemado la chequera. Vaya, si el dinero es la vida de ese hombre. Basta con esperarlo en el banco y sacar las órdenes de captura.

Esto último, sin embargo, no era trabajo fácil, pues Mr. Hyde tenía pocos conocidos. Incluso el amo de la criada lo había visto sólo dos veces. No pudieron rastrear su familia por parte alguna, jamás

lo habían fotografiado, y los pocos que podían describirlo discrepaban ampliamente, como suelen hacerlo los observadores comunes. Sólo en un punto se mostraban todos de acuerdo: daba la sensación de ser dueño de una inefable deformidad que impresionaba a quienes lo contemplaban.

El incidente de la carta

ESTABA YA avanzada la tarde cuando Mr. Utterson llegó hasta la puerta del doctor Jeckyll, y fue admitido en seguida por Poole, quien, pasando por la cocina y a través de un patio que alguna vez fue jardín, lo condujo hasta una edificación conocida indistintamente como el laboratorio o los cuartos de disección. El doctor les había comprado la casa a los herederos de un célebre cirujano, y como sus gustos personales se inclinaban más por la química que por la anatomía, había cambiado el destino del bloque del fondo del jardín. Ésta era la primera vez que el abogado era recibido en aquel sector de los cuarteles de su amigo. Observaba con curiosidad el sombrío edificio sin ventanas. Miró en torno a sí, con una desagradable sensación de extrañeza, al cruzar el anfiteatro, otrora atestado de estudiantes ávidos y ahora desierto y silencioso, con las mesas llenas de aparatos químicos, el piso repleto de cajas

de madera, paja para empaques regada por doquier, y una luz que se filtraba difusa a través de la nublada cúpula. Al fondo subían unas escaleras hasta una puerta cubierta de bayeta roja, y al cruzarla, Mr. Utterson fue recibido por fin en el despacho del médico. Se trataba de una habitación amplia, rodeada de armarios con puerta de vidrio y provista, entre otras cosas, de un escritorio y un espejo móvil, de cuerpo entero; daba al patio a través de tres ventanas empolvadas, cruzadas por barrotes de hierro. En el hogar ardía el fuego y había sobre la repisa de la chimenea una lámpara encendida, pues incluso en el interior de las casas comenzaba la niebla a espesar. Allí, cerca del calor, se hallaba el doctor Jeckyll, como aquejado por alguna enfermedad mortal. No se incorporó para recibir al visitante, limitándose a extenderle una mano fría y a darle la bienvenida, con voz alterada.

–Y bien –dijo Mr. Utterson, tan pronto como Poole se hubo marchado–, habrás oído la noticia.

El médico se estremeció.

–La pregonaban en la plaza –dijo–. Los escuché desde el comedor.

–Una palabra –dijo el abogado–. Carew fue

cliente mío, pero también tú lo eres, y quiero saber en qué ando. ¿No habrás cometido la locura de esconder a ese tipo?

–Utterson, lo juro por Dios –exclamó el doctor–, te juro por Dios que jamás volveré a verme con él. Te doy mi palabra de que ya nunca más tendré que ver con él en este mundo. Ya todo se acabó. Y él en realidad no quiere mi ayuda. Tú no lo conoces tanto como yo. Él se encuentra a salvo, perfectamente a salvo. Acuérdate de mí, que nunca más se oirá hablar de él.

El abogado lo escuchó deprimido, pues le disgustaba el comportamiento febril de su amigo.

–Pareces muy seguro de él –dijo–, y por tu bien, espero que tengas razón. Si el caso llegara a la corte, tu nombre podría aparecer.

–Tengo plena seguridad en lo que a él se refiere –replicó Jeckyll–. Hay bases para esta certeza, que no puedo compartir con nadie. Pero existe un asunto en el que tú me puedes aconsejar. Recibí... recibí una carta, y no sé si debo llevársela a la policía, o no. Me gustaría dejarla en tus manos, Utterson. Tú serías un buen juez, de ello estoy convencido. Confío mucho en ti.

–Supongo que temes que ésta pueda llevar a que lo descubran –aventuró el abogado.

–No –dijo el otro–. No puedo decir que me importe la suerte de Hyde. Ya acabé con él. Estoy pensando en mi propio temperamento, que ha quedado al descubierto con este asunto tan enojoso.

Utterson se quedó rumiando un rato. Lo sorprendía el egoísmo de su amigo, aunque, por otra parte, sentía alivio.

–Está bien –dijo al fin–, déjame ver la carta.

La carta, escrita con una extraña caligrafía vertical, iba firmada por “Edward Hyde”. Indicaba, en forma sucinta, que el benefactor del suscrito, el doctor Jeckyll, a quien de modo tan vil había pagado por sus mil generosas demostraciones, no debía temer por su seguridad, pues tenía medios para huir, en los que se podía confiar en forma plena. Al abogado le agradó mucho esta carta, que le daba a la intimidad de Jeckyll un aspecto mejor de lo esperado, y se culpó a sí mismo por algunas de las sospechas anteriores.

–¿Tienes el sobre? –preguntó.

–Lo quemé –replicó el doctor Jeckyll– antes de saber de qué se trataba. Pero no tenía sello de

correos. Me la trajeron personalmente.

–¿Me quedo con ella y consulto el asunto con la almohada? –preguntó Utterson.

–Quiero que te encargues de emitir un concepto en lugar mío –fue la respuesta–. He perdido la confianza en mí mismo.

–Está bien, lo pensaré –contestó el abogado–. Y ahora, una palabra más: ¿Fue Hyde quien te dictó los términos del testamento, en lo referente a aquella desaparición?

El doctor pareció quedar presa de una ola de debilidad. Cerró la boca con fuerza y contestó afirmativamente.

–Yo lo sabía –dijo Utterson–. Pretendía asesinar. Bien has logrado escapar.

–Logré algo que se refiere mejor al asunto –replicó el médico con gran solemnidad–. Aprendí una lección. ¡Ay, Utterson, por Dios, qué lección aprendí! –y se cubrió la cara con las manos por un momento.

Al salir, el abogado se detuvo para intercambiar una o dos palabras con Poole.

–A propósito –dijo–, hoy entregaron aquí una carta. ¿Cómo era el mensajero?

Pero Poole estaba seguro de que nada había

llegado, salvo por correo.

–Y fueron sólo circulares –añadió.

Esta noticia despidió al visitante con una renovación de sus temores. Era evidente que la carta había llegado por la puerta del laboratorio. De hecho, era posible que la hubiesen escrito en el despacho, y de ser éste el caso, debía juzgarla de modo diferente y manejarla con mayor precaución. A su paso, los voceadores de prensa enronquecían de gritar en las calles: “Edición especial. Impresionante asesinato de un parlamentario”. Ante tal oración fúnebre por un amigo y cliente, Utterson no pudo evitar una cierta aprensión: que el nombre de otro buen amigo y cliente se viera arrastrado por el remolino del escándalo. Había una decisión por tomar que, en el mejor de los casos, era espinosa, y aunque solía tener gran confianza en sí, comenzó a sentirse ávido de consejo. No debía buscarlo de manera directa. Con todo, pensó, tal vez pudiera pescarlo.

Poco después se sentaba al lado de su chimenea. Frente a sí estaba Mr. Guest, el jefe de sus empleados, y a mitad de camino entre los dos, a una distancia del fuego calculada con cuidado, una botella de vino añejo, muy especial, que había permanecido guardada

largo tiempo en el sótano de la casa, al abrigo del sol. La niebla dormía aún sobre aquella ala, por encima de la ciudad ahogada en la que los faroles brillaban como carbúnculos. Y, por entre la niebla y el sofoco de estas nubes caídas, la procesión de la vida de la ciudad seguía su curso, a través de grandes arterias, haciendo un ruido como de viento desencadenado. Mas la habitación se alegraba con la luz de la chimenea. En la botella hacía mucho tiempo se habían disuelto los ácidos, y el tinte imperial se había suavizado con los años, como se va enriqueciendo el color de los vitrales. El resplandor de cálidas tardes otoñales sobre los viñedos de las colinas estaba a punto de quedar libre para dispersar la niebla londinense. Sin darse cuenta, el abogado se fue ablandando. No existía persona ante quien tuviera menos secretos que Mr. Guest, y no siempre estaba seguro de guardar cuantos quería. Muchas veces había ido Guest a casa del médico Jeckyll, por asuntos de negocios, y conocía a Poole. Y como era muy difícil que no hubiera oído hablar del trato tan familiar que Mr. Hyde recibía en aquella casa, podría haber sacado conclusiones. ¿No resultaba, entonces, conveniente mostrarle la carta que aclaraba el misterio? Sobre todo porque a Guest, gran estudio-

so y crítico de la caligrafía, tal medida le parecería cosa natural y necesaria. Además, el empleado era un consejero nato. No sería muy probable que leyera documento tan extraño sin dejar caer algún comentario que le permitiera a Mr. Utterson determinar un derrotero a seguir.

–Es una lástima lo de Sir Danvers –dijo.

–Sí, señor, así es. Ha despertado mucha emotividad en la gente –replicó Guest–. Claro que el asesino estaría loco.

–Me gustaría conocer tus opiniones al respecto –replicó Utterson–. Aquí tengo un documento de su puño y letra. Que quede entre nosotros dos, porque no sé muy bien qué hacer con él. Este es, en el mejor de los casos, un asunto turbio. Pero helo aquí, casi atravesándose en tu camino: el autógrafo de un asesino.

Los ojos de Guest se iluminaron y de inmedia-to se sentó a estudiarlo con pasión.

–No, señor –dijo–, no está loco, pero sí tiene una escritura extraña.

–Y es, a todas luces, un escritor muy extraño –añadió el abogado.

En ese preciso instante entró el criado y dejó

una nota.

–¿Es del doctor Jeckyll, señor? –inquirió el empleado–. Me pareció reconocer su letra. ¿Algo privado, señor Utterson?

–Sólo una invitación a cenar. ¿Por qué? ¿Deseas verla?

–Sólo un momento. Se lo agradezco, señor –y el empleado puso los dos papeles lado a lado y procedió a comparar sus contenidos minuciosamente–. Gracias, señor –dijo por fin, devolviéndole ambos papeles–, es un interesante autógrafo.

Hubo una pausa durante la cual Mr. Utterson luchó consigo mismo.

–¿Por qué los cotejó, Guest? –preguntó de improviso.

–Pues, señor –replicó el empleado–, hay entre ellos una semejanza bastante singular. Las dos escrituras son idénticas en muchos aspectos, y tan solo difieren en la inclinación.

–Qué extraño –dijo Utterson.

–Es, como usted bien lo dice, bastante extraño –replicó Guest.

–Yo no mencionaría esta nota, ¿sabe? –dijo el patrón.

–No, señor –dijo el empleado–. Comprendo.
No bien se hubo quedado Mr. Utterson solo
aquella noche guardó la nota en su caja fuerte, donde
reposó en adelante.

“¡Vaya!”, pensó, “¡Henry Jeckyll haciendo una
falsificación para un asesino!”, y la sangre corrió fría
por sus venas.

El notable incidente del doctor Lanyon

PASÓ EL tiempo. Se ofrecieron cientos de libras de recompensa, pues la muerte de Sir Danvers fue sentida como una ofensa a la sociedad, pero Mr. Hyde había desaparecido del alcance de la policía, como si jamás hubiese existido. Se desenterró gran parte de su pasado, y todo en él era deshonroso: salieron a luz anécdotas sobre la crueldad del hombre, su desfachatez y violencia, la vileza de su vida, sus extrañas compañías, y el odio que parecía invadir su carrera. Pero de su paradero actual, ni un suspiro. Desde cuando abandonó la casa del Soho en la mañana del asesinato, simplemente se había desvanecido. Poco a poco, a medida que pasaba el tiempo, Mr. Utterson empezó a recuperarse de su acuciante alarma, y volvió a encontrar la paz consigo mismo. La muerte de Sir Danvers quedaba, a su modo de ver, más que recompensada con la desaparición de Mr.

Hyde. Ahora que ya se había eliminado la influencia maléfica, comenzó para el doctor Jeckyll una vida nueva. Salió de su reclusión, reanudó las relaciones con sus amigos, se convirtió una vez más en su huésped regular y volvió a ofrecer agasajos, y si antes se había destacado por su talante caritativo, ahora no se distinguía menos por su fervor religioso. Se mantenía ocupado, pasaba mucho tiempo al aire libre, hacía el bien. Su rostro franco parecía iluminado, como si tuviera una conciencia interior de servicio; por más de dos meses vivió en paz.

El 8 de enero Utterson había cenado en casa del doctor Jeckyll con un pequeño grupo. Lanyon había estado allí y el rostro del anfitrión había ido pasando de uno a otro como en los viejos tiempos, cuando los tres amigos eran inseparables. El 12, y de nuevo el 14, la puerta de la casa del doctor Jeckyll le fue cerrada al abogado.

–El doctor se halla confinado en su casa –dijo Poole–, y no recibe a nadie.

El 15 lo intentó de nuevo, y otra vez lo rechazaron. Como se había acostumbrado a ver a su amigo todos los días durante los últimos dos meses, este regreso a la soledad lo deprimió. A la quinta noche

invitó a Guest a su casa a cenar y, a la sexta, se encaminó a la del doctor Lanyon.

Allí, al menos no se negaron a admitirlo. Pero al entrar lo asombró el cambio operado en la apariencia del doctor. Llevaba una sentencia de muerte claramente escrita en la cara. El hombre rubicundo se había vuelto pálido, sus carnes se habían consumido, se veía más calvo y avejentado y, sin embargo, no fueron tanto estos toques de decadencia física acelerada los que atrajeron la atención del abogado, cuanto la mirada y el porte, que parecían atestiguar un terror asentado en lo profundo de su mente. No era probable que el doctor temiera morir, pero fue aquéllo lo que Utterson se sintió tentado a sospechar. “Sí”, pensó, “es médico, debe conocer su propio estado y saber que tiene contados los días; este conocimiento es superior a sus fuerzas”. Con todo, cuando Utterson le hizo algún comentario sobre su aspecto enfermizo, Lanyon, con aire de gran firmeza, se declaró un hombre condenado.

—He recibido un golpe —dijo—, del que jamás voy a recuperarme. Es cuestión de semanas. Bien, la vida ha sido agradable, me ha gustado. Sí, señor, solía gustarme. A veces pienso que, de saberlo todo, estaríamos más contentos de marcharnos.

–También Jeckyll está enfermo –observó Utterson–. ¿Lo has visto?

Pero el rostro de Lanyon se demudó. Levantó una mano temblorosa.

–No quiero ni ver ni oír nada más sobre el doctor Jeckyll –dijo, con voz alta e insegura–. He acabado toda relación con esa persona. Te ruego me evites cualquier alusión a quien considero muerto.

–Ay, ay –dijo Mr. Utterson, y luego, tras una pausa prolongada, añadió:–. ¿Hay algo que yo pueda hacer? Los tres somos muy buenos amigos, Lanyon, y ya no vamos a vivir lo suficiente para hacer otras amistades.

–No hay nada que hacer –replicó Lanyon–; pregúntaselo a él mismo.

–No quiere verme –dijo el abogado.

–No me sorprende –fue la réplica–. Tal vez algún día, Utterson, después que yo muera, llegues a saber lo bueno y lo malo de esto. No te lo puedo contar. Mientras tanto, si puedes, siéntate y conversa conmigo de otros temas, por el amor de Dios. Por favor, quédate y hazlo; pero si no puedes alejarte del maldito asunto, entonces, en nombre de Dios, vete, pues no lo soporto.

En cuanto regresó a casa, Utterson se sentó a escribirle al doctor Jeckyll, quejándose de haber sido excluido de su casa y preguntándole la causa de su desgraciado rompimiento con Lanyon. Y al día siguiente le llegó una larga respuesta, escrita con palabras a menudo patéticas y a veces de significado oscuro y misterioso. El rompimiento con Lanyon era irremediable. “No culpo a nuestro viejo amigo”, escribía Jeckyll, “pero comparto su punto de vista de que nunca más debemos volver a vernos. De hoy en adelante tengo todas las intenciones de llevar una vida de aislamiento total. Que no te sorprenda, ni dudes de mi amistad, si a menudo te cierran la puerta aun a ti. Debes permitirme recorrer mi propio camino. Me eché encima un castigo y un peligro de los que no me es dado hablar. Soy el más grande de los pecadores, pero también el mayor de los sufrientes. No habría pensado nunca que en esta tierra hubiera lugar a padecimientos y terrores tan apabullantes. Lo único que te resta por hacer, Utterson, para aliviar este destino, es respetar mi silencio”. Utterson se quedó atónito. La tenebrosa influencia de Hyde se había apartado y el médico había vuelto a sus antiguas tareas y amistades. Una semana atrás,

las perspectivas parecían sonreír y sólo había promesas de una vejez honorable y alegre. Ahora, en un santiamén, la amistad, la tranquilidad de conciencia y todo el tenor de su vida habían naufragado. Transformación tan radical y tan poco preparada sólo apuntaba en dirección a la locura; pero, teniendo en cuenta las palabras y el comportamiento de Lanyon, ésta debía tener bases más profundas aún.

Una semana más tarde, Lanyon se postró en su lecho y en menos de quince días había muerto. La noche que siguió al funeral, en el que había dado muestras de suma tristeza, Utterson se encerró en su despacho y, sentado a la luz melancólica de una vela, puso ante sí el sobre, escrito de puño y letra de su amigo difunto y marcado con su sello. “Privado”: solo para J.G. Utterson, y en caso de que él haya fallecido antes, para *ser destruido sin leerlo*”, era la inscripción enfática, y el abogado temió contemplar su contenido. “Ya enterré hoy a un amigo”, pensó. “¿Qué tal que esto me costara otro?” Y entonces, calificando su temor de deslealtad, rompió el sello. Adentro había otro sobre, también sellado, marcado encima con un “No abrirse hasta la muerte o desaparición del doctor Henry Jeckyll”. Utterson no podía

creer a sus ojos. Sí, la desaparición. Aquí, otra vez, como en el insensato testamento que hacía tiempo había devuelto a su autor, volvían a estar aparejadas la idea de una desaparición y el nombre de Henry Jeckyll. Pero, en el testamento, aquella idea había nacido de una sugerencia siniestra de un hombre llamado Hyde, y aparecía con un propósito completamente claro y terrible. Escrito por la pluma de Lanyon, ¿qué podría significar? Una gran curiosidad por hacer caso omiso de la prohibición y llegar de una vez por todas al fondo de este misterio invadió al albacea, pero el honor profesional y la fidelidad a su amigo fallecido eran obligaciones inquebrantables, y el paquete fue a dormir en el rincón más secreto de su caja fuerte privada.

Una cosa es mortificar la curiosidad y otra conquistarla, y es dudoso que desde aquel día Utterson deseara con la misma intensidad la compañía del amigo sobreviviente. Aunque lo tenía en buen concepto, sus pensamientos le producían inquietud y temor. A decir verdad, sí iba a visitarlo, pero quizá sentía un alivio al encontrar que su visita era rechazada. Tal vez, en lo más íntimo de su corazón, prefería hablar con Poole en el umbral de la puerta,

rodeado del aire y los sonidos de la ciudad abierta, antes que ser admitido en aquella casa de esclavitud voluntaria, a sentarse a hablar con su inescrutable recluso. De hecho, Poole no tenía noticias muy buenas que comunicar. El médico, todo parecía indicarlo, ahora más que nunca, estaba confinado al despacho del laboratorio, donde incluso dormía a veces. Se encontraba muy alicaído, se había vuelto muy callado y ya no leía. Parecía tener alguna preocupación. Utterson se acostumbró tanto al carácter invariable de estos informes, que poco a poco disminuyó la frecuencia de sus visitas.

El incidente de la ventana

SUCEDIÓ QUE un domingo, cuando Mr. Utterson daba su paseo habitual con Mr. Enfield, volvieron a pasar por la callejuela, y llegando junto a la puerta, ambos se detuvieron a mirarla.

–Y bien –dijo Enfield–, por lo menos esa historia terminó. Nunca más volveremos a saber de Mr. Hyde.

–Espero que no –dijo Utterson–. ¿Te he contado que una vez lo vi y compartí tu sentimiento de repulsión?

–Era imposible hacer lo uno sin sentir lo otro –replicó Enfield–. Y, a propósito, ¡qué tonto me has debido creer por no haberme dado cuenta de que ésta era la entrada posterior a la casa del doctor Jeckyll! En parte fue a causa tuya que lo hice.

–Conque lo averiguaste, ¿eh? –dijo Utterson–. Pero si es así, podemos entrar en el patio y echarle una mirada a las ventanas. A decir verdad, me siento preocupado por el doctor Jeckyll, y me da la impre-

sión de que la presencia de un amigo, aunque sea desde afuera, puede hacerle bien.

El patio, muy fresco y algo húmedo, se hallaba envuelto en una penumbra prematura, aunque allá arriba, en el cielo, brillara aún el sol poniente. Una de las tres ventanas, la del medio, estaba entreabierta, y Utterson vio al doctor Jeckyll sentado junto a ella, tomando el aire con aspecto de infinita tristeza, como un prisionero sin esperanza.

–¡Hombre, Jeckyll! –exclamó–. Espero que estés mejor.

–Estoy muy abatido, Utterson –replicó el médico con tono cansado–. Muy abatido. Esto no va a durar mucho, gracias a Dios.

–Permaneces demasiado tiempo dentro de casa –dijo el abogado–. Debes salir, estimular la circulación, como Mr. Enfield y yo (este es mi primo; Mr. Enfield, el doctor Jeckyll). Ven, vamos; toma tu sombrero y demos un paseo breve.

–Eres muy amable –suspiró el otro–. Me gustaría mucho hacerlo, pero no, no, no; es absolutamente imposible. No me atrevería a hacerlo. Pero, créeme, Utterson, me alegra mucho verte. Es un gran placer, de veras. Te invitaría a pasar con Mr. Enfield, pero el

lugar no está como para recibir visitas.

–Pues, entonces –dijo el abogado con amabilidad–, lo mejor es quedarnos aquí, y hablar contigo desde donde estamos.

–Precisamente eso estaba por proponerles –replicó el médico sonriendo. Pero apenas si acababa de proferir las palabras cuando la sonrisa desapareció de su rostro, dando lugar a una expresión de desespero y terror tan abyectos que heló la sangre de los dos caballeros que se hallaban abajo. Sólo un instante alcanzaron a captarla, pues en seguida se cerró la ventana, de un golpe. Mas aquel vistazo había bastado. Volviéndose, abandonaron el patio sin decir palabra. Con igual silencio atravesaron la callejuela, y sólo al llegar a una calle vecina, que aun en los domingos conservaba alguna vida, se volvió Mr. Utterson por fin, a mirar a su compañero. Ambos estaban pálidos, y en sus ojos se repetía el terror.

–¡Dios nos perdone! ¡Dios nos perdone! –dijo Mr. Utterson.

Pero Mr. Enfield, muy serio, se limitó a un movimiento de la cabeza, y siguió caminando en silencio.

La última noche

UNA NOCHE, después de cenar, se encontraba Mr. Utterson sentado junto a la chimenea, cuando lo sorprendió una visita de Poole.

–¡Por Dios, Poole, qué te trae por aquí! –exclamó, y luego, mirándolo con mayor detenimiento, agregó–: ¿Qué te aqueja? ¿Está enfermo el doctor?

–Mr. Utterson –dijo el hombre–, ha ocurrido algo.

–Siéntate y bebe un vaso de vino –dijo el abogado–. Ahora tómate tu tiempo y cuéntame con claridad lo que quieras.

–Usted conoce el comportamiento del doctor –replicó Poole –, y su costumbre de encerrarse. Pues volví a hacerlo en el despacho, y no me gusta nada, señor. Que me parta un rayo si me parece bien. Mr. Utterson, tengo miedo, señor.

–Ahora, buen hombre –dijo el abogado–, sé explícito. ¿Tienes miedo de qué?

–Llevo alrededor de una semana con miedo
–replicó Poole, obstinándose en hacer caso omiso de
la pregunta–, y ya no lo soporto más.

El aspecto del pobre Poole era más diciente que
sus palabras. Su conducta era cada vez peor, y salvo
una vez, al principio, cuando había dado expresión a
su terror, no había mirado al abogado a los ojos. Aun
ahora estaba sentado con el vaso de vino intacto so-
bre la rodilla, los ojos dirigidos a un rincón del piso.

–Ya no puedo soportarlo más –repitió.

–Vamos –dijo el abogado–, veo que tienes
buenas razones, Poole. Me doy cuenta de que hay
algo grave, de carácter muy serio. Trata de decirme
qué es.

–Creo que ha ocurrido algo turbio –dijo Poole
con voz ronca.

–¡Algo turbio! –exclamó el abogado, muy
asustado y, en consecuencia, con cierta inclinación a
la irritabilidad–. ¿Cómo que algo turbio? ¿Qué estás
insinuando?

–No me atrevo a decirlo, señor –fue la respues-
ta–; pero, ¿por qué no viene conmigo y se cerciora
usted mismo?

La única respuesta de Mr. Utterson fue levan-

tarse para tomar sombrero y capa. Pero observó, con asombro, cuán grande era el alivio que iluminaba el rostro del mayordomo, y, con no menor asombro quizás, de qué manera había dejado el vino sin probar, cuando lo depositó sobre la mesa, para seguirlo.

Era una noche cruda, fría, propia del mes de marzo, con una luna pálida, recostada, como si el viento la hubiera volcado, y unos celajes de la más diáfana y suave de las texturas. El viento hacía difícil la conversación y agolpaba la sangre en el rostro. Además, parecía haber barrido las calles hasta dejarlas sin transeúntes, pues a Mr. Utterson se le hacía que jamás había visto tan desierto aquel sector de Londres. Deseaba que fuera diferente. Nunca antes en su vida había tenido conciencia de una necesidad tan aguda de ver y tocar a sus congéneres, pues, por mucho que luchara contra él, había nacido en su mente el aplastante presentimiento de una calamidad. Al llegar a la plaza, todo era viento y polvo; los delgados árboles del jardín, alineados a lo largo de las rejas, se daban latigazos entre sí. Poole, que todo el tiempo había marchado llevándole la delantera por uno o dos pasos, se detuvo ahora en mitad del pavimento, y a pesar del penetrante frío, se quitó

el sombrero y se enjugó la frente con un pañuelo rojo. Si bien habían regresado de prisa, no eran las gotas de rocío del esfuerzo lo que enjugaba sino la humedad de una angustia atroz, pues su rostro estaba pálido, y la voz con que hablaba era áspera y quebrada.

–Y bien, señor –dijo–. Aquí estamos. Quiera Dios que no haya ocurrido nada malo.

–Amén, Poole –dijo el abogado.

Acto seguido, el sirviente tocó con cautela. La puerta se entreabrió con la cadena puesta y una voz preguntó desde adentro:

–¿Eres tú, Poole?

–Sí, señor –dijo Poole–. Abran la puerta.

Al entrar vieron el vestíbulo, muy iluminado por la buena alimentación del fuego, en torno del cual se apretujaban, como una manada de ovejas, la totalidad de los criados, tanto hombres como mujeres. Al ver a Mr. Utterson, la doncella rompió en gemidos histéricos, y la cocinera, exclamando: “¡Santo Dios, es Mr. Utterson!”, se abalanzó sobre él, como para abrazarlo.

–¿Qué pasa, qué pasa? ¿Están todos aquí? –dijo el abogado, de mal humor–. Esto es muy irregular,

muy poco apropiado: al señor no le gustaría nada, nada.

–Tienen miedo –dijo Poole.

Reinó un silencio absoluto en el que nadie alegaba. Sólo la doncella alzó la voz, llorando en voz alta.

–¡Cállate! –le dijo Poole, con tono tan feroz que atestiguaba que también él tenía los nervios de punta. De hecho, después que la joven hubo alzado su nota de lamento de modo tan repentino, todos, sobresaltados, se habían vuelto hacia la puerta de adentro, los rostros llenos de una expectativa temerosa.

–Y ahora –continuó el mayordomo, dirigiéndose al mozo–, tráeme una vela, y vamos a arreglar esto de una vez por todas –acto seguido le rogó a Mr. Utterson que lo siguiera, y lo condujo hacia el jardín posterior.

–Ahora, señor –dijo–, camine con el mayor de los silencios. Quiero que pueda oír, pero que no lo escuchen. Y póngame atención, señor, si él por alguna razón le pide que entre, no lo haga.

Los nervios de Mr. Utterson, ante este final para el que no estaba preparado, le dieron un tirón

tal que casi lo hacen perder el equilibrio, mas haciendo acopio de valor, siguió al mayordomo, y entró en el edificio del laboratorio, pasando por el anfiteatro quirúrgico, con su cúmulo de cajas y botellas, hasta llegar al pie de la escalera. Allí, Poole le indicó que se hiciera a un lado para escuchar, mientras él, poniendo la vela en el piso y haciendo un abierto y fuerte llamado a su propia decisión, subió las escaleras y tocó con mano un tanto incierta sobre la bayeta roja de la puerta del despacho.

–Señor, Mr. Utterson quiere verlo –dijo, indicándole una vez más al abogado, de manera violenta, que prestara atención.

Desde adentro contestó una voz.

–Dile que no puedo ver a nadie –dijo, quejumbrosa.

–Gracias, señor –dijo Poole, con algo parecido al triunfo en la voz, y alzando la vela volvió a conducir a Mr. Utterson a través del patio, hasta la amplia cocina, donde ya se había apagado el fuego y los escarabajos brincaban en el piso.

–Señor –dijo, mirando a Mr. Utterson a los ojos–, ¿era ésa la voz de mi amo?

–Parece bastante cambiada –replicó el abogado,

muy pálido, aunque devolviendo mirada por mirada.

–¿Cambiada? Pues sí, así me parece –dijo el mayordomo–. ¿He vivido veinte años en casa de este hombre, para dejarme engañar por su voz? No, señor; al amo se lo llevaron. Hace ocho días se lo llevaron, cuando lo oí gritar invocando a Dios ¡Y quién ocupa su lugar, y por qué se queda allí, es algo que clama al cielo, Mr. Utterson!

–Una historia muy extraña, Poole. No tiene ni pies ni cabeza, amigo mío –dijo Mr. Utterson, mordiéndose las uñas–. Supongamos que, como usted imagina, el doctor Jeckyll... bueno, haya sido asesinado... ¿Qué podría haber inducido al asesino a permanecer allí? Esto no tiene lógica, no lo entiende la razón.

–Bien, Mr. Utterson, es usted un hombre difícil de satisfacer, pero ya lo haré –dijo–. Toda esta semana pasada, es preciso que usted lo sepa, él o eso, o lo que esté viviendo en ese despacho, ha estado pidiendo, noche y día, que le traigan alguna especie de medicina que no puede conseguir a satisfacción. Algunas veces él, es decir, el señor, escribía sus órdenes en un pedazo de papel y lo dejaba tirado en las escaleras. Esta semana no ha hecho más que eso.

Nada más que papeles, y la puerta cerrada. Y hasta las comidas mismas hemos tenido que dejárselas ahí, para que pudieran ser introducidas subrepticamente, cuando nadie estuviera mirando. Bien, señor, todos los días, sí, y dos y tres veces al día, ha habido pedidos y quejas, y me ha mandado corriendo adonde todos los químicos mayoristas de la ciudad. Cada vez que traía esa sustancia, había otro papelito que me pedía que la devolviera porque no era pura, acompañado de otro pedido para una empresa diferente. Requiere esta droga con mucha urgencia, señor, no sé con qué fin.

—¿Conserva alguno de esos papelitos? —preguntó Mr. Utterson.

Poole se metió la mano al bolsillo y sacó una nota arrugada, que el abogado, inclinándose para acercarse a la vela, examinó con cuidado. Y decía así: “El doctor Jeckyll presenta sus saludos a los señores Maw. Les asegura que su última muestra no es pura y resulta del todo inútil para su propósito presente. En el año de 18—, el doctor J. compró una cantidad apreciable a los señores M. Ahora les suplica que busquen con el mayor cuidado, y si aún les queda algo de la misma calidad, se lo envíen de inmediato,

sin reparar en el costo. La importancia de esto para el doctor J. no se puede ponderar.” Hasta aquí, la carta mostraba compostura, pero en este momento, con un repentino carraspeo de la pluma, el autor le había dado rienda suelta a la emoción. “Por amor de Dios”, había agregado, “encuentren cualquier cantidad de aquella droga”.

–Es una nota extraña –dijo Mr. Utterson; y después, con tono tajante–. ¿Cómo se las arregló para abrirla?

–El empleado de Maw estaba muy enfadado, señor, y me la devolvió como si fuera basura –replicó Poole.

–Sin duda alguna procede de la mano del doctor, ¿no? –prosiguió el abogado.

–Eso mismo me pareció a mí –dijo el sirviente, un tanto malhumorado. Pero luego, con voz diferente– ¿Además, qué importa la caligrafía? –dijo–. ¡Yo ya lo vi!

–¿Ya lo vio? –repitió Mr. Utterson–. ¿Y entonces?

–¡Así es! –dijo Poole–. Sucedió de esta manera: un día llegué de improviso al anfiteatro, desde el jardín. Parece que él había salido a buscar la droga, o lo

que fuera, pues la puerta del despacho estaba abierta, y allí estaba, en el extremo más lejano del salón, esculcando entre las cajas. Cuando entré miró hacia arriba, emitió una especie de chillido, y salió corriendo escaleras arriba hasta el despacho. Sólo un instante lo pude ver, pero se me pararon los pelos de punta y se me puso la carne de gallina. Señor, si éste era mi amo, ¿por qué llevaba una máscara en el rostro? Si era mi amo, ¿por qué chilló como una rata y huyó de mí? Llevo mucho tiempo a su servicio. Y luego... –el hombre hizo una pausa y se pasó la mano por la cara.

–Estas son circunstancias muy extrañas –dijo Mr. Utterson–. Pero creo que estoy comenzando a ver la luz al final del túnel. Poole, es claro que tu amo padece de una de esas enfermedades que torturan y deforman a quien las padece. De ahí, imagino, se deriva la alteración de la voz; de ahí la máscara y el negarse a ver a los amigos; de ahí su ansiedad por encontrar aquella droga que le da al pobre alguna esperanza de recuperación. ¡Dios quiera que no se engañe! He aquí mi explicación. Es muy triste, Poole, sí, y descorazona pensar en ella; pero es sencilla y natural, es coherente y nos libra de cualquier alarma desmesurada!

–Señor –dijo el mayordomo, asumiendo una

palidez como moteada—, esa cosa no era mi amo, y la verdad es ésta. Mi amo... —y entonces empezó a mirar en derredor y a hablar susurrando— es un hombre alto y elegante, mientras éste parecía más bien un enano —Utterson intentó protestar—. Ay, señor —exclamó Poole —, ¿cómo puede usted pensar que no voy a reconocer a mi amo, después de veinte años? ¿Cree que no sé a qué altura del despacho le llega la cabeza, yo que lo he visto todas las mañanas de mi vida? No, señor, esa cosa enmascarada nunca fue el doctor Jeckyll. Sabrá Dios quién era, pero nunca fue el doctor Jeckyll. Y estoy más que convencido de que se ha cometido un asesinato.

—Poole —replicó el abogado—, si tú dices eso, tendré el deber de cerciorarme. Por mucho que quiera proteger los sentimientos de tu amo, por muy perplejo que me deje esta nota, que parece demostrar que sigue vivo, voy a considerar deber mío abrir esa puerta a la fuerza.

—¡Ah, Mr. Utterson, así se habla! —exclamó el mayordomo.

—Y ahora viene la segunda pregunta —prosiguió Utterson—: ¿Quién se encargará de hacerlo?

—Pues usted y yo, señor —fue la réplica decidida.

–Bien dicho –contestó el abogado–; y pase lo que pase, me voy a encargar de que usted no sufra ningún detrimento.

–En el anfiteatro hay un hacha –continuó Poole–, y tal vez pueda usted tomar el atizador de la cocina para protegerse.

El abogado tomó en la mano el instrumento rudo pero pesado y lo sopesó.

–¿Sabes, Poole –dijo, mirando hacia arriba– qué tú y yo estamos a punto de ponernos en una posición que encierra algún peligro?

–Si usted lo dice, señor, así es –replicó el mayordomo.

–Debemos ser francos, entonces –dijo el otro–. Ambos pensamos más de lo que hemos dicho. Abramos nuestro corazón. Esta figura enmascarada que viste el otro día... ¿la reconociste?

–Pues, señor, pasó con tal rapidez y la criatura estaba tan encorvada que no podría jurarlo –fue la respuesta–. Pero si lo que insinúa usted es que fuera Mr. Hyde, ¡pues, sí, creo que sí! Mire, tenía más o menos el mismo tamaño y aproximadamente la misma ligereza en el andar. Y, por otra parte, ¿qué otra persona podría haber entrado por la puerta del

laboratorio? No ha olvidado usted, señor, que en la época del asesinato, él todavía conservaba la llave. Pero hay más. No sé, Mr. Utterson, si alguna vez conoció usted a Mr. Hyde.

–Sí –dijo el abogado–, en una ocasión hablé con él.

–Sabrá entonces, igual que todos nosotros, que había algo extraño en ese caballero, algo que impresionaba. No sé cómo decirlo, señor, de manera diferente a ésta: uno lo sentía en la médula, como que le pasara un hilo frío.

–Reconozco haber sentido algo semejante a lo que describes –dijo Mr. Utterson.

–Muy semejante, señor –replicó Poole–. Bien, cuando esa cosa enmascarada saltó como un mono por entre los productos químicos y salió corriendo hasta el despacho, sentí que algo me bajaba por la columna, como hielo. Ah, sé que no es evidencia, Mr. Utterson. Soy lo suficientemente instruido para saberlo, pero uno tiene sus impresiones, y ¡le doy mi palabra, jurando sobre la biblia, que se trataba de Mr. Hyde!

–Ay, ay –dijo el abogado–. Mis temores se inclinan en la misma dirección. Ese mal, mucho me

temo, es el que había de venir como consecuencia de estas relaciones. Ay, de veras te creo. Creo que mataron al pobre Henry, y que el asesino, con qué propósito sólo Dios lo sabe, sigue acechando en el cuarto de la víctima. Bien, a nosotros nos toca venderlo. Llama a Bradshaw.

El lacayo respondió al llamado, muy pálido y nervioso.

–Domínate, Bradshaw –dijo el abogado–. Ya sé que este suspenso nos está afectando a todos, pero ahora intentamos ponerle fin. Poole y yo vamos a entrar a la fuerza en el despacho. Si todo está bien, tengo hombros lo suficientemente anchos para cargar con la culpa. Mientras tanto, por si algo anda mal o algún malhechor busca escapar por la parte posterior, el mozo y tú deben ir a la vuelta de la esquina, provistos de un par de buenos palos, y apostarse en la puerta del laboratorio. Les damos diez minutos para llegar a sus puestos.

Mientras Bradshaw salía, el abogado observó su reloj.

–Y ahora, Poole, vamos a lo nuestro –dijo, y colocando el atizador debajo del brazo encabezó la marcha hasta el patio. Una nube vaporosa, de ésas

que navegan veloces, había cubierto la luna, y en el momento reinaba la oscuridad. El viento, del que sólo entraban ráfagas y corrientes hasta aquel profundo pozo del edificio, empujó la luz de la vela de un lado a otro, en torno de sus pisadas, hasta que alcanzaron el abrigo del anfiteatro, donde se sentaron en silencio a aguardar. Londres susurraba solemne en derredor; pero ya más de cerca, el silencio se rompía sólo con el sonido del caer de unos pasos que recorrían el despacho de lado a lado.

–Así camina todo el día, señor –susurró Poole–; ay, y también la mayor parte de la noche. Sólo descansa un poco cuando llega una nueva muestra de donde el químico. ¡Es la mala conciencia la gran enemiga del descanso! ¡Ah, señor! ¡Hay sangre criminalmente derramada en cada uno de sus pasos! Pero escuche de nuevo, un poco más de cerca, con toda atención, Mr. Utterson, y dígame, ¿es ésa la pisada del doctor?

El caer de los pasos, con todo y ser muy lento, era ligero y extraño, con un cierto balanceo; era en realidad bien distinto del pesado caminar chirriante de Henry Jeckyll. Utterson suspiró.

–¿Nunca pasa nada más? –preguntó.

Poole asintió.

–Una vez –dijo–. ¡Una vez lo oí llorar!

–¿Llorar? ¿Cómo así? –dijo el abogado, consciente de un súbito escalofrío de horror.

–Llorar como una mujer o un alma en pena –dijo el mayordomo–. Me marché con tal peso en el corazón, que me dieron ganas de llorar a mí también.

Pero ya los diez minutos llegaban a su fin.

Poole desenterró el hacha que se encontraba debajo de una pila de paja para empaques. Pusieron la vela sobre la mesa más cercana, a fin de que alumbrara el ataque, y se acercaron, conteniendo la respiración, hasta el lugar donde aquellos pies pacientes seguían en sus ires y venires, de un lado a otro en la quietud de la noche.

–Jeckyll –exclamó Utterson en voz alta–, necesito verte –esperó un momento, pero no se oyó réplica alguna–. Te lo advierto de una vez, se han despertado nuestras sospechas. Debo verte y voy a hacerlo –continuó–; si no por las buenas, entonces por las malas. ¡Si no es con tu consentimiento, entonces por medio de la fuerza bruta!

–Utterson –dijo la voz–, ¡por Dios, ten piedad!

—Ah, no es la voz de Jeckyll. ¡Es la de Hyde!
—exclamó Utterson—. ¡Abajo la puerta, Poole!

Poole alzó el hacha por encima del hombro. El golpe estremeció el edificio y la gran puerta cubierta de bayeta roja saltó contra el candado y las bisagras. Un chillido desgarrador, como del más puro terror animal, salió del despacho. Alto subió el hacha otra vez, y de nuevo los paneles recibieron el impacto y el marco brincó. Cuatro veces descargó el golpe, pero la madera era fina y los herrajes de excelente manufactura, y sólo al quinto estalló el candado en mil pedazos y lo que quedaba de la puerta cayó hacia adentro sobre el tapete.

Los asaltantes, impresionados por su propio estrépito y por la quietud ulterior, retrocedieron un poco y se asomaron. Frente a su ojos se encontraba el despacho, iluminado por la luz quieta de una lámpara: un buen fuego ardía y crepitaba en la chimenea, la marmita cantaba su débil tonada; uno o dos cajones abiertos, papeles ordenados con esmero sobre el escritorio y, más cerca del fuego, el servicio de té dispuesto. El más silencioso de los cuartos, se habría dicho, y excepto por los armarios llenos de productos químicos, el más normal de aquella noche

en Londres.

En todo el centro yacía el cuerpo de un hombre terriblemente contorsionado, que se movía aún. Llegaron hasta él en puntillas, y al volverlo boca arriba contemplaron el rostro de Edward Hyde. Vestía un atuendo que le quedaba demasiado grande, ropa de la talla del médico. Aunque los músculos de la cara se movían aún con un remedo de vida, ésta lo había abandonado ya. Por la ampolleta rota que tenía en la mano y el fuerte olor a almendras que flotaba en el aire, Utterson comprendió que miraba el cuerpo de un suicida.

–Llegamos demasiado tarde –dijo con seriedad– para salvar o para castigar. Hyde se marchó adonde le pedirán cuentas, y a nosotros sólo nos resta hallar el cuerpo de tu señor.

El anfiteatro y el despacho se llevaban la mayor parte del edificio. Aquél ocupaba casi todo el primer piso, y recibía su iluminación desde arriba, y éste formaba un segundo piso, en un extremo, y daba al patio. Un corredor unía el anfiteatro con la puerta que daba a la callejuela, puerta con la que se comunicaba el despacho, en forma independiente, por una segunda escalera. Había además algunos

armarios oscuros y un espacioso sótano. Todos fueron examinados con gran cuidado. Los armarios no precisaron más de una mirada, pues se encontraban vacíos, y por el polvo que cayó de las puertas de cada uno de ellos, era evidente que habían permanecido largo tiempo cerrados. También el sótano estaba lleno de palos en desorden, casi todos de épocas del cirujano que precedió al doctor Jeckyll. Al abrir la puerta advirtieron la inutilidad de cualquier búsqueda ulterior, pues cayó un perfecto tapete de telarañas que llevaba años sellando la entrada. Tampoco allí había rastro alguno de Henry Jeckyll, ni vivo ni muerto.

Poole golpeó las lozas del corredor.

–Debe estar enterrado aquí –dijo, prestándole atención al sonido.

–O pudo haber escapado –manifestó Utterson, volviéndose a examinar la puerta de la callejuela. Ésta se encontraba cerrada, pero muy cerca, sobre las lozas, encontraron una llave, ya oxidada.

–No parece servir –observó el abogado.

–¡Servir! –le hizo eco Poole– ¿No ve, señor, que está rota, como si un hombre la hubiera pisoteado?

–Ah –continuó Utterson–, también las fracturas

están oxidadas.

Presa del susto, los dos hombres intercambiaron miradas.

–Esto me intriga, Poole, y no sé qué pensar –dijo el abogado–. Regresemos al despacho.

Subieron la escalera en silencio y, dirigiendo al cadáver una mirada ocasional de espanto, procedieron a examinar el contenido del despacho con mayor cuidado. En una mesa había trazas de la realización de un trabajo químico, pues quedaban algunos montículos bien medidos de una sal blanca, colocados sobre platillos de vidrio, como si fuesen a utilizarse en un experimento que el infeliz no hubiera alcanzado a realizar.

–Es la misma droga que yo le traía todo el tiempo –dijo Poole; y mientras lo decía, la marmita comenzó a hervir, derramándose con ruido inesperado.

Llegaron luego hasta la chimenea, junto a la cual se encontraba la acogedora poltrona, con los objetos para el té a la mano, e incluso con azúcar en la taza. Sobre la repisa vieron varios libros, uno de los cuales yacía, abierto, junto al servicio de té. A Utterson lo sorprendió encontrar que se trataba

de un ejemplar de una obra religiosa por la que Jeckyll había expresado gran estima en diversas ocasiones, acotado, de su puño y letra, con blasfemias inauditas.

Luego, en el curso de su revisión del cuarto, los investigadores llegaron al espejo inclinable, de cuerpo entero, en cuyas profundidades se miraron con involuntario horror. Pero estaba vuelto de tal manera que nada les mostraba, salvo un brillo rosáceo que jugaba sobre el techo, el fuego que chispeaba en cien repeticiones a lo largo del frente de vidrio de los armarios, y sus propios rostros, pálidos y atemorizados, agachados asomándose.

–Este espejo ha sido testigo de asuntos bien extraños, señor –susurró Poole.

–Y con seguridad ninguno más extraño que él mismo –le hizo eco el abogado, en tono semejante–. ¿Para qué pudo Jeckyll haber...? –se pilló a sí mismo sobresaltándose al decir la palabra y luego, conquistando su debilidad–: ¿Qué podía el doctor Jeckyll pretender con él? –dijo.

–¡Eso me pregunto yo! –anotó Poole.

Luego se volvieron hacia el escritorio. Sobre él, formando parte de un cerro de papeles muy bien

ordenados, sobresalía un gran sobre que, en la caligrafía del doctor, llevaba el nombre de Mr. Utterson. El abogado le quitó el sello y al piso cayeron varios papeles. El primero era un testamento, redactado en los mismos términos excéntricos utilizados en aquél que había devuelto seis meses antes, a fin de que sirviera como testamento, en caso de muerte, o como documento legal de donación, en caso de desaparición. Pero en lugar del nombre de Edward Hyde, vio el abogado, con indescriptible asombro, el nombre de Gabriel John Utterson. Miró a Poole y luego otra vez los papeles y, por último, al extinto malhechor, tendido sobre el tapete.

–Me da vueltas la cabeza –dijo–. Todos estos días ha estado en su poder el documento. No tenía razones para quererme; viéndose desplazado, debió encolerizarse; y no destruyó este documento.

Tomó el siguiente papel. Se trataba de una nota breve, en la caligrafía del médico, con la fecha en la parte superior.

–¡Ah, Poole! –exclamó el abogado–, hoy estaba vivo y aquí. Es imposible que hubieran podido deshacerse de él en un espacio de tiempo tan corto; debe seguir vivo aún. ¡Tuvo que haber huido! Y en

caso tal, ¿por qué lo hizo? ¿Y cómo? Y entonces, ¿podemos aventurarnos a declarar que éste fue un suicidio? Ah, tenemos que andar con pies de plomo. Me temo que aún podamos involucrar al amo tuyo en alguna catástrofe terrible.

–¿Por qué no la lee, señor? –preguntó Poole.

–Porque siento temor –replicó el abogado con solemnidad–. ¡Que Dios me demuestre que no tengo razones para sentirlo! –y diciendo esto, se llevó el papel a los ojos y leyó lo siguiente:

MI QUERIDO UTTERSON:

Cuando la presente caiga en tus manos, yo habré desaparecido bajo circunstancias que no he tenido la capacidad de prever, pero mi instinto y todas las circunstancias de mi indescriptible situación me dicen que el final es seguro y debe estar próximo. Vé pues, y lee primero la narración que Lanyon me advirtió iba a poner en tus manos, y si te interesa saber más, lee la confesión de tu desgraciado amigo, que no te merece.

HENRY JEKYL

–Había un tercer sobre –dijo Utterson.

—Aquí está, señor —dijo Poole, poniéndole entre las manos un paquete voluminoso, sellado en diferentes lugares.

El abogado lo guardó en el bolsillo.

—Yo no diría nada sobre este papel. Si tu amo huyó o está muerto, debemos por lo menos salvar su prestigio. Ya son las diez; debo irme a casa a leer estos documentos en calma, pero regresaré antes de medianoche, cuando enviaremos por la policía.

Salieron, cerrando la puerta del anfiteatro tras de sí, y Utterson, dejando a los sirvientes reunidos en torno de la chimenea del vestíbulo, se dirigió con paso lento a su oficina, a fin de leer las dos narraciones en las que este misterio estaba a punto de aclararse.

La narración del doctor Lanyon

“EL 9 de enero, hace hoy cuatro días, recibí por el correo vespertino un sobre registrado, escrito con la caligrafía de mi colega y antiguo compañero de escuela, Henry Jeckyll. Esto me sorprendió mucho porque no tenemos la costumbre de escribirnos. Yo había visto al hombre, e incluso había cenado con él la noche anterior, y no se me ocurría nada en nuestro intercambio que justificara la formalidad de una carta registrada. El contenido aumentó mi asombro, pues he aquí lo que decía:

Diciembre 10 de 18--.

QUERIDO LANYON

Eres uno de mis más antiguos amigos, y aunque algunas veces hemos tenido diferencias sobre asuntos científicos, al menos de mi parte no puedo recordar ningún rompimiento en el

afecto. No ha habido ni un día en que, de haberme tú dicho, “Jeckyll: mi vida, mi honor y mi razón dependen de ti”, no hubiese sacrificado la fortuna o la mano izquierda para ayudarte. Lanyon: mi vida, mi honor y mi razón están a tu merced; si me fallas esta noche, estoy perdido. Después de este prefacio supondrás tal vez que voy a pedirte algo cuya concesión sería deshonrosa. Juzga por ti mismo.

Deseo que pospongas todos tus compromisos por hoy. Sí, aun si fueras llamado a la cabecera de un emperador. Toma un coche, a menos que el tuyo esté a la puerta, y con esta carta en la mano para consultarla, ve derecho a mi casa. Poole, mi mayordomo, tiene sus órdenes, y vas a encontrarlo con un cerrajero, esperando tu llegada. Deben entonces forzar la puerta del despacho, y tú has de entrar solo, abrir la puerta vidriera del armario (la letra E), a la izquierda, rompiendo la cerradura si está cerrada, y sacar de allí, con todo lo que contenga, en cualquier estado, el cuarto cajón, contado desde arriba o (lo que es igual), el tercero de abajo hacia arriba. En la situación de angustia mental en que me encuentro siento un temor enfermizo de darte mal las instrucciones, pero aun si me equivoco

puedes reconocer el cajón correcto por su contenido: algunos polvos, una jeringa y un cuaderno. Te suplico lleves este cajón contigo a tu casa de Cavendish Square, en el estado en que se encuentre.

Esta es la primera parte del favor. Ahora la segunda. En caso de haber salido no bien te llegó la presente, habrás regresado mucho antes de la media noche; te daré ese margen, no sólo por temor de alguno de esos obstáculos imposibles de prevenir o evitar, sino porque es preferible, para lo que te queda por hacer, una hora en que tus sirvientes estén acostados. Te pido, pues, que a media noche te quedes solo en el consultorio, para admitir con tu propia mano a un hombre que irá de parte mía, y para que le entregues el cajón que habrás traído contigo desde mi despacho. Entonces habrás cumplido con tu tarea y te habrás ganado mi gratitud eterna. Cinco minutos más tarde, si insistes en buscar explicaciones, habrás comprendido que esos trámites son de capital importancia y que al descuidar cualquiera de ellos, por absurdo que pueda parecer, habrás quizás cargado tu conciencia con mi muerte o con el naufragio de mi razón.

A pesar de mi confianza en que no vas a to-

mar este llamado a la ligera, mi corazón se encoge y mi mano tiembla con el solo pensamiento de tal posibilidad. Piensa en mí como estoy en este momento, en un lugar extraño, trabajando con una espantosa angustia que ninguna fantasía puede exagerar y, sin embargo, bien consciente de que, si me sirves de manera puntual, mis problemas se irán, como se va un cuento al ser narrado. Hazme este favor, mi querido Lanyon, y salva a tu amigo

H. J.

PD Ya había sellado ésta cuando me asaltó un nuevo terror. Es posible que me falle la oficina de correos y que esta carta sólo llegue a tus manos mañana por la mañana. En tal caso, querido Lanyon, cumple con tu encargo cuando te resulte más conveniente en el curso del día, y vuelve a esperar a mi mensajero a la media noche. Es posible que para entonces ya sea demasiado tarde y, si esa noche transcurre sin ninguna novedad, sabrás que viste a Henry Jeckyll por última vez.

Al leer esta carta quedé convencido de que mi colega estaba loco; pero en tanto ello no que-

dara demostrado más allá de toda duda, me sentía obligado a hacer lo que solicitaba. Cuanto menos entendía este farrago, tanto menos estaba en posición de juzgar su importancia, y un llamado, escrito en tales términos, no podía desoírse sin asumir una grave responsabilidad. Por consiguiente, me levanté de la mesa, tomé un coche y me dirigí derecho a casa de Jeckyll. El mayordomo, que estaba esperando mi llegada y había recibido por el mismo correo mío una carta registrada en la que recibía instrucciones, había enviado sin demora por un cerrajero y un carpintero. Los artesanos llegaron cuando todavía hablábamos, y en grupo nos dirigimos al anfiteatro quirúrgico del doctor Denman, desde donde (como sin duda te das cuenta) se podía entrar con mayor facilidad al despacho privado del doctor Jeckyll. La puerta era muy fuerte; la cerradura, de excelente calidad. El carpintero nos advirtió que tendría enorme dificultad y haría mucho daño en caso de usar la fuerza y el cerrajero se encontraba al borde de la desesperación. Pero como era hombre diestro, luego de dos horas de trabajo quedó abierta la puerta. Abrimos el armario E y saqué el cajón, lo hice llenar de paja y lo envolví en una sábana, para regresar con él a Cavendish Square.

Tan pronto como llegué, procedí a examinar su contenido. Los polvos estaban muy bien organizados, aunque sin la perfección del boticario profesional, lo que dejaba en evidencia que Jeckyll mismo los había preparado. Cuando abrí uno de los envoltorios encontré lo que me pareció sólo una sal cristalina de color blanco. El frasco, sobre el que volqué mi atención en seguida, estaba lleno más o menos hasta la mitad de un líquido color sangre, muy penetrante al olfato, que al parecer contenía fósforo y algún éter volátil. De los demás ingredientes no pude adivinar nada. El cuaderno, ordinario, contenía sólo una serie de fechas que abarcaban un período de varios años, pero observé que las entradas cesaban hacía casi un año, de modo abrupto. Aquí y allá había alguna nota junto a una fecha, consistente por lo general en una sola palabra: “doble”, que aparecía quizá seis veces en un total de varios centenares de entradas, y una vez, muy al principio de la lista y acompañada por varios signos de exclamación: “¡¡¡fracaso absoluto!!!” Aunque todo esto despertó mi curiosidad, no me dijo nada definido. Aquí había un frasco con alguna especie de tintura, un papel con un poco de sal y el registro de una serie de experimentos que Jeckyll

había realizado, como demasiadas de sus investigaciones, sin ninguna utilidad práctica. ¿Cómo podría la presencia de estos artículos en mi casa afectar el honor, la salud mental o la vida de mi despistado y veleidoso colega? Si este mensajero podía ir a un lugar, ¿por qué no a otro? Y aun aceptando que hubiese algún impedimento, ¿por qué había de recibir yo en secreto a este caballero? Cuanto más reflexionaba, más me convenía de que se trataba de un caso de enfermedad mental, y aunque les permití a mis sirvientes irse a acostar, cargué un viejo revólver, para tener la posibilidad de defenderme.

No bien habían repicado las doce de la noche en todo Londres cuando sonó el aldabón con suavidad en mi puerta. Yo mismo salí a abrir y encontré a un hombre de baja estatura, acuclillado contra los pilares del pórtico.

—¿Viene de parte del doctor Jeekyll? —pregunté.

Me dijo “sí” con una mueca, y cuando le indiqué que entrara, dirigió una mirada hacia atrás, a las sombras de la plaza antes de obedecerme. No lejos de ahí avanzaba un policía con su linterna. Ante su presencia me pareció ver a mi visitante sobresaltarse y apresurarse más.

Estos detalles me sorprendieron, lo confieso, de modo desagradable, y mientras lo seguía hasta la luz brillante del consultorio, mantuve mi mano lista, sobre el arma. Una vez adentro, tuve por fin la posibilidad de verlo con claridad. Nunca antes había puesto mis ojos en él, de eso estaba seguro. Era pequeño, tal como lo he dicho. Me impresionó, además, la sorprendente expresión de su rostro, que en forma notable combinaba una gran actividad muscular con lo que parecía una marcada debilidad de complexión. En último lugar, que no por ello era de menor importancia, me impresionó que su presencia me causara una perturbación extraña y subjetiva, semejante en algo a la rigidez y acompañada por una acusada disminución del pulso. En aquel momento se lo atribuí a una aversión personal e idiosincrásica, y sólo me extrañé de lo agudos de los síntomas. Pero desde aquel momento he tenido razones para pensar que las causas profundas yacen mucho más hondo, en la naturaleza del hombre, y giran sobre algún gozne más noble que el principio del odio.

Esta persona (que me había impresionado desde el momento mismo de su entrada, con lo que sólo alcanzo a describir como una curiosidad cargada de

repugnancia) vestía de tal suerte, que una persona normal se habría convertido en objeto de burlas: aunque sus prendas eran de tela sobria y fina, le quedaban exageradamente holgadas; los pantalones, que le colgaban en las piernas, se hallaban enrollados por debajo, para evitar que se arrastraran; el talle del saco le quedaba por debajo de las caderas y el cuello se abría ancho sobre los hombros. Extraño es decirlo, pero este ridículo atavío estaba lejos de provocarme risa. Más bien, como había algo anormal y mal concebido en la misma esencia de la criatura que ahora se hallaba frente a mí –algo que agarraba, sorprendía y repelía– esta nueva disparidad pareció encajar con ello, reforzándolo. De suerte que, a mi interés por la naturaleza y el carácter del hombre, se añadió una curiosidad por conocer su origen, su vida, su fortuna y su posición social.

Aunque estas observaciones han ocupado gran espacio al anotarlas, fueron asunto de unos escasos segundos. Era claro que mi visitante estaba en ascuas, presa de alguna sombría emoción.

–¿Lo consiguió? –exclamó–. ¿Lo consiguió? –y tan grande era su impaciencia que incluso me colocó la mano sobre el brazo e intentó sacudirme.

Yo lo aparté, consciente de que, al tocarme, un frío recorría mi sangre.

–Vamos, señor –dije–. Olvida usted que todavía no tengo el placer de conocerlo. Tome asiento, si le place.

Y le di ejemplo, sentándome en mi silla de costumbre e imitando mi comportamiento ordinario ante un paciente, tanto como lo avanzado de la hora, la naturaleza de mis preocupaciones y el horror que le tenía al visitante me lo permitían.

–Le ruego me perdone, doctor Lanyon –replicó él, con bastante educación–. Tiene toda la razón, pues mi impaciencia le ha tomado la delantera a mi cortesía. Vengo aquí por encargo de su colega, el doctor Henry Jeckyll, en un asunto de gran importancia, y entiendo... –hizo una pausa, se llevó la mano a la garganta y pude ver que, a pesar de su dominio, luchaba por alejar la histeria–, entiendo..., un cajón...

Entonces sentí lástima por el suspenso de mi visitante, y tal vez también un poco por mi propia curiosidad creciente.

–Aquí lo tiene, señor –dije, señalando el cajón que estaba en el piso, detrás de una mesa, cubierto aún con la sábana.

Se precipitó en dirección a él, pero luego se detuvo y se llevó una mano al corazón; yo alcanzaba a escuchar el rechinar de sus dientes bajo la acción convulsiva de las mandíbulas, y era su rostro tan fantasmagórico que me sentí alarmado tanto por su vida como por su razón.

–Tranquilícese –dije.

Me devolvió una sonrisa terrible y, con la resolución propia del desespero, arrancó la sábana. Al ver el contenido, emitió un sollozo de alivio tan profundo que me dejó petrificado. Un instante después, en una voz ya bastante dominada, dijo:

–¿Tiene un vaso graduado?

Con gran esfuerzo me levanté de mi puesto y le entregué lo pedido. Me agradeció con un movimiento de cabeza, midió unas mínimas de la tintura roja y le agregó uno de los polvos. La mezcla, en un comienzo de tono rojizo, comenzó a adquirir un color más vivo a medida que se diluían los cristales, a hacer efervescencia de manera audible y a arrojar nubecillas de vapor. De pronto, y en forma simultánea, cesó la ebullición y el compuesto tomó un color púrpura oscuro que se fue decolorando de nuevo, más lentamente, hasta volverse de un verde acuoso.

Mi visitante, que había observado estas metamorfosis con atención, sonrió, puso el vaso sobre la mesa, y luego, volviéndose, me miró con aire escrutador.

–Y ahora –dijo–, vamos a aclarar lo que falta. ¿Va a ser inteligente? ¿Va a dejarse guiar? ¿Me permite tomar este vaso en la mano y salir de su casa sin decirle más? ¿O lo ha dominado ya demasiado la codicia de la curiosidad? Piense antes de contestar, porque haré lo que usted decida. Según lo haga, quedará como estaba antes, ni más rico, ni más sabio, a menos que el sentido de un favor prestado a un hombre en peligro mortal pueda ser tenido por una clase de riqueza del alma. O, si así lo prefiere, se abrirán ante usted, aquí, en este cuarto y en este mismo instante, un nuevo campo del conocimiento y nuevas avenidas que conducen a la fama y el poder, y su visión será iluminada por un hecho prodigioso, capaz de hacer tambalear hasta la incredulidad de Satanás.

–Señor –dije, simulando una sangre fría que estaba lejos de poseer–, habla usted en enigmas y quizá no le extraña que le escuche sin dar una gran impresión de creerle. Pero ya he llegado demasiado lejos con estos inexplicables favores como para detenerme antes de ver el final.

–Está bien –replicó el visitante–. Lanyon, recuerde su promesa: lo que sigue queda bajo el voto de silencio de nuestra profesión. Y ahora, usted, atado tanto tiempo a los más estrechos puntos de vista materiales, usted que ha negado la virtud de la medicina trascendental, usted que se ha burlado de sus superiores, ¡contemple!

Se llevó el vaso a los labios y tomó un sorbo. Dejó escapar un grito. Vacilante, se tambaleó, se aferró a la mesa y se quedó mirando con ojos inyectados, acezando con la boca abierta, y mientras yo miraba, me pareció que le sobrevénía un cambio: daba la impresión de que se hinchaba, su rostro se oscureció, y los rasgos parecieron fundirse y alterarse. A poco me incorporé y retrocedí contra la pared, con el brazo en alto para protegerme de aquel prodigio con la mente sumida en el terror.

“Oh, Dios”, grité, y “Oh, Dios”, repetí una y otra vez, pues allí, ante mis ojos, pálido y tembloroso, casi a punto de desmayarse, y andando a tientas como quien regresa de la muerte, ¡tenía a Henry Jeckyll!

No soy capaz de llevar al papel lo que me contó durante la hora siguiente. Vi lo que vi, escuché lo

que escuché, y mi alma se enfermó con ello; y, sin embargo, ahora que aquella visión se ha ido desvaneciendo de mis ojos, me pregunto si lo creo, y no soy capaz de contestar. Mi vida se sacudió hasta las raíces, el sueño me ha abandonado; el terror más mortal me asedia a todas las horas del día y de la noche; siento que mis días están contados, y que he de morir; y, sin embargo, voy a morir incrédulo. En cuanto a la vileza moral que aquel hombre me develó, ni con lágrimas de penitencia puedo, aunque sólo sea en la memoria, recordarla sin un estremecimiento de terror. Sólo voy a decir una cosa, Uttersson, que será (si logras que tu mente te la crea) más que suficiente. La criatura que se arrastró hasta mi casa aquella noche, era, según la propia confesión de Jeekyll, conocida con el nombre de Hyde, a quien buscaban en las cuatro esquinas de la tierra como al asesino de Carew.”

HASTIE LANYON

Declaración completa sobre el caso, hecha por Henry Jeckyll

NACÍ EN el año de 18—. Dueño de una gran fortuna, dotado, además, de características notables, inclinado por naturaleza al trabajo diligente, amigo de respetar a los sabios y nobles de entre mis congéneres y por ende, como se supondrá, con todas las garantías de un futuro honroso y distinguido. Y, en efecto, la más grave de mis deficiencias era una cierta alegría impaciente en el carácter, que ha sido la felicidad de muchos, pero que yo encontraba difícil de conciliar con un deseo imperioso de llevar la cabeza muy en alto y aparentar ante el público ser más serio que el común de la gente. Lo anterior me llevó a ocultar mis placeres, y a que al llegar los años de reflexión y mirar en derredor, evaluando mi progreso y posición en el mundo, estuviera ya metido en una vida profundamente doble. Muchos hombres se jactarían de irregularidades como aquéllas de las

que yo era culpable, pero a causa de los elevados valores que me había impuesto, yo las ocultaba y pensaba en ellas con un sentimiento de vergüenza casi enfermizo. Era entonces la naturaleza exigente de mis aspiraciones, y no un grado particularmente bajo en mis defectos, lo que me hacía ser como era. Abriendo una brecha aún más profunda que la de la mayor parte de los hombres, esta naturaleza separó en mí las provincias del bien y del mal que dividen y componen la naturaleza dual del hombre. En tales circunstancias, me sentía impulsado a reflexionar, de manera profunda e ininterrumpida, sobre aquella dura ley de la vida que subyace a la raíz de la religión y es una de las fuentes más abundantes de angustia. Pese a mi comportamiento, tan profundamente doble, en ningún sentido fui hipócrita; ambas facetas mías eran muy auténticas. Yo no era más yo cuando hacía a un lado el dominio y me hundía en la vergüenza, que cuando trabajaba, a la luz del día, para buscar mayores conocimientos o aliviar penas y sufrimientos. Y resultó que la dirección de mis estudios científicos, que me orientaba a lo místico y trascendental, reaccionó, derramando fuerte luz sobre esta conciencia de la guerra perenne entre mis miembros.

Cada día que pasaba, y en ambos lados de mi mente, el moral y el intelectual, me fui acercando más a aquella verdad por cuyo conocimiento parcial fui condenado a tan aterrador naufragio: que el hombre no es uno realmente, sino dos. Y digo que dos porque el estado de mi propio conocimiento no va más allá de este punto. Otros vendrán, otras personas me superarán en la misma línea, y me atrevo a adivinar que algún día el hombre será conocido como una multiplicidad de forasteros, independientes, incongruentes y polifacéticos. Yo, por mi parte, a causa de la naturaleza de mi vida, avanzaba de modo inexorable en una dirección, y sólo en una. Fue en el aspecto moral, y en mi propia persona, donde aprendí a reconocer la dualidad primigenia y total del hombre; vi que en el caso de las dos naturalezas que contendían en el campo de mi conciencia, aunque podía con razón decirse que yo era cualquiera de ellas, esto se debía sólo a que yo era radicalmente ambas; y desde muy temprano, aun antes de que el curso de mis descubrimientos científicos comenzara a sugerir la más desnuda posibilidad de tal milagro, había aprendido a descansar con placer, como en una ilusión querida, en la idea de la separación de

estos elementos. Con sólo poder alojar a cada uno de ellos en identidades diferentes, me decía a mí mismo, a la vida se la despojaría de todo lo insopor- table; el injusto marcharía por su propio camino, libre de las aspiraciones y remordimientos de su mellizo más virtuoso, y el justo podría caminar más veloz y con mayor seguridad por su camino ascen- dente, haciendo las cosas buenas en que hallaba su placer, sin tener que exponerse ya a la ignominia y penitencia a manos de este mal que le era ajeno. Era una maldición para la humanidad que estas gavillas incongruentes estuvieran así atadas la una a la otra, y que, en el útero doloroso de la conciencia, estos mellizos polares debieran batallar en forma perma- nente. Entonces, ¿cómo disociarlos?

Había llegado hasta este punto en mis reflexiones cuando, como lo he dicho, una luz lateral comenzó a brillar sobre el tema desde la mesa del laboratorio. Comencé a percibir, con mayor profun- didad de lo expresado jamás hasta ahora, la transi- toriedad trémula, la transitoriedad nebulosa de este cuerpo, al parecer tan sólido, con el que andamos vestidos. Encontré algunos agentes poseedores de la virtud de sacudir y de echar atrás esta carnosa

vestimenta, tal como sacude el viento las cortinas de un pabellón. Por dos buenas razones no entraré en las honduras del aspecto científico de mi confesión: la primera, porque he tenido que aprender que la desgracia y las cargas de nuestra vida están atadas por siempre a los hombros del hombre, y cuando éste intenta despojarse de ellas, sólo logra hacer que regresen con un peso más desconocido y terrible. La segunda, porque, como mi narración lo hará, por desgracia, demasiado evidente, mis descubrimientos fueron incompletos. Baste decir entonces que no sólo reconocí mi cuerpo natural por la mera aura y refulgencia de algunos de los poderes que conforman mi espíritu, sino que me las arreglé para componer una droga que permitía destronar dichos poderes, quitándoles su supremacía, y reemplazarlos por una segunda forma y personalidad, no menos naturales a mí, pues eran expresión de los elementos más bajos de mi alma y llevaban su sello.

Largo tiempo dudé antes de someter esta teoría a la prueba de la práctica. Bien sabía que corría el riesgo de morir, pues cualquier droga que dominara y agitara con tanta potencia la fortaleza misma de la identidad podría, por la menor sobredosis, o por

la mínima falta de oportunidad en el momento de exhibirla, borrar por completo aquel tabernáculo inmaterial que yo pretendía que ella cambiara. Pero la tentación de un descubrimiento tan singular y profundo acabó por imponerse a las ideas alarmantes. Hacía mucho tiempo había preparado mi tintura; compré de una vez, en una empresa de químicos mayoristas, gran cantidad de una sal particular, que según sabía por mis experimentos, era el último ingrediente requerido, y, a altas horas de una noche maldita, combiné los elementos y los vi hervir y echar humo, mezclados en el vaso. Al cesar la ebullición, con un fuerte impulso de valor, bebí la poción.

Me sobrevinieron entonces los dolores más atrozantes: molimiento de los huesos, náuseas mortíferas y horrores del espíritu que no se superan ni a la hora de la muerte ni a la del nacimiento. Luego se fueron calmando velozmente estos dolores y volví en mí como quien sale de una dura enfermedad. Había algo extraño en mis sensaciones, algo nuevo e imposible de describir que, a causa de la misma novedad, tenía una dulzura increíble. Me sentí más joven, más liviano, más contento en el cuerpo. Dentro de mí, era consciente de una despreocupación impetuosa, de

un flujo de imágenes sensuales desordenadas que corrían por mi imaginación como por el saetín de un molino, del disolverse de los lazos de la obligación, de una libertad del alma desconocida, mas no inocente. Yo mismo sabía, con el primer soplo de esta nueva vida, que era más malvado, diez veces más malvado; que había sido vendido como un esclavo a mi mal original. Pensarlo, en aquel momento, me animó y me encantó, como el vino. Estiré la manos, exultante en medio de la frescura de estas sensaciones. Y de repente tomé conciencia de haber bajado en estatura.

Por aquella época no había ningún espejo en mi cuarto; el que está junto a mí mientras escribo lo traje más tarde, para el propósito mismo de estas transformaciones. Sin embargo, ya la noche iba penetrando en la mañana –la mañana, a pesar de ser tan negra, estaba casi madura para concebir el día–, los que vivían en mi casa se hallaban encerrados en las horas de sueño más pesado, y yo tomé la decisión, rebotante como estaba de esperanza y de triunfo, de aventurarme en mi nueva forma hasta mi dormitorio. Crucé el patio, donde las constelaciones me miraban, pensando tal vez yo que estaban

maravilladas por ser la primera criatura de esta clase que su vigilancia insomne descubría; me colé por los corredores, forastero en mi propia casa, y al llegar a mi cuarto vi por primera vez el aspecto de Edward Hyde.

Aquí debo hablar sólo en teoría, sin decir lo que sé, sino lo que supongo será lo más probable. El lado maligno de mi naturaleza, al que acababa de transferir la eficacia caracterizante, era menos robusto y de menor desarrollo que el bueno, recién destronado. Además, en el curso de mi vida, que había sido, al fin y al cabo, en sus nueve décimas partes, una vida de esfuerzo, virtud y dominio, la faceta mala se había ejercitado mucho menos y se encontraba mucho menos gastada. Y a eso se debe, creo, que Edward Hyde fuera mucho más bajo, más liviano y más joven que Henry Jeckyll. Del mismo modo como el bien brillaba en el rostro del uno, estaba el mal escrito con amplitud y claridad en la faz del otro. El mal, además, (que debo seguir considerando la faceta letal del hombre) había dejado en aquel cuerpo la huella de la deformidad y la podredumbre. Y, sin embargo, cuando observaba en el espejo ese feo ídolo, no era consciente de sentir repugnancia

alguna, sino más bien de un palpitar de aceptación. Esto, también, era yo. Parecía natural y humano. A mis ojos portaba una imagen más viva del espíritu, parecía más preciso y entero que el rostro, dividido e imperfecto, que había estado acostumbrado a llamar mío hasta entonces. Y en ese punto sin duda tenía razón. He observado que cuando llevaba el rostro de Edward Hyde nadie se me arrimaba sin sentir al principio un gran recelo físico. Esto, según lo entiendo, se debe a que todos los seres humanos, tal como los encontramos, son mezcla del bien y del mal, y sólo Edward Hyde, en toda la humanidad, era mal puro.

Permanecí sólo un momento ante el espejo: debía realizar aún el segundo experimento, el concluyente. Quedaba aún por ver si mi identidad se había perdido de manera irremediable y debía escapar, de una casa que ya no era la mía, antes que saliera la luz del sol. Y regresando a mi despacho, volví a preparar y beber la taza. Una vez más sufrí los dolores de la disolución y volví a ser yo otra vez, con el carácter, el tamaño y el rostro de Henry Jeckyll.

Aquella noche había llegado al cruce fatal. De haberme aproximado al descubrimiento mío con un

espíritu más noble, de haberme arriesgado a efectuar el experimento cuando me encontraba aún bajo el imperio de aspiraciones generosas o piadosas, todo habría sido diferente con seguridad, y de estas agónias de muerte y parto habría salido yo convertido en ángel en lugar de demonio. La droga carecía de acción discriminadora. No era ni diabólica ni divina, pero sacudía las puertas del presidio de mi disposición, y, como ocurrió con los cautivos de Filipo, lo que se encontraba en su interior salió corriendo. Durante aquella época, mi virtud dormía. Mi maldad, despertando con la ambición, se hallaba alerta y presta a aprovechar la ocasión, y lo que se proyectó fue Edward Hyde. De ahí que, aunque yo tenía ahora dos personalidades, al igual que dos apariencias, una era totalmente mala, mientras la otra seguía siendo el viejo Henry Jeekyll, aquel compuesto incongruente de cuya reforma y mejora ya había aprendido a desconfiar. Era, pues, un movimiento orientado en su totalidad hacia el empeoramiento.

Ni siquiera en aquella época había yo conquistado por completo mi aversión por la aridez de una vida de estudio. A veces conservaba una naturaleza alegre, y como mis placeres (para decir lo menos)

eran poco dignos, y yo, además de ser muy conocido y de verme tenido en alta estima, me hallaba en proceso de envejecimiento, día a día apreciaba menos la incoherencia de mi vida. Fue en este aspecto donde mi nuevo poder me tentó hasta hacerme caer en la esclavitud. Bastaba con beber la taza para desembarazarme del cuerpo del connotado profesor, y asumir, como un grueso abrigo, el de Edward Hyde. Sonreía ante la idea; en aquel entonces me parecía graciosa, y realizaba los preparativos con el más cuidadoso estudio. Tomé y amoblé aquella casa en el Soho, hasta la cual la policía rastreó a Hyde, y contraté como ama de llaves a una persona que yo sabía callada y sin escrúpulos. Por otra parte, anuncié a mis sirvientes que un tal Mr. Hyde (a quien les describí) tendría total libertad y poder en mi residencia de la plaza. Y para evitar malos entendidos, incluso los visitaba, convirtiéndome en objeto familiar en mi segundo carácter. Luego escribí aquel testamento que tanto objetaste, de suerte que, de pasarme cualquier cosa en la personalidad del Dr. Jeckyll, pudiera entrar en la de Edward Hyde sin pérdida pecuniaria. Y así, fortificado por todas partes, como suponía estarlo, empecé a sacar ventajas de la extraña inmunidad de

mi posición.

En el pasado los hombres han contratado sicarios que lleven a cabo sus crímenes, dejando su propia persona y reputación a buen resguardo. Yo fui el primero en hacer esto para buscar placeres. Fui el primero capaz de meterse entre la gente como persona muy afable y digna de respeto, y, en un santiamén, como un escolar, desprenderse de estas cosas prestadas y lanzarse de cabezas al mar de la libertad. Pero en cuanto a mí, con capa impenetrable, la seguridad era total. ¡Pensar que ni siquiera existía! Con solo escapar por la puerta del laboratorio, con disponer apenas de un segundo o dos para mezclar y beber la poción que mantenía siempre lista, fuera su fechoría lo que fuera, Edward Hyde desaparecería como la huella del aliento en un espejo, y allí, en su lugar, silencioso en casa, despabilando la lámpara a media noche en su estudio, se encontraría Henry Jeckyll, un hombre que podía permitirse desdeñar la sospecha.

Los placeres que presuroso busqué en mi disfraz, como lo he dicho, eran poco dignos; no quisiera usar un término más fuerte. Pero en manos de Edward Hyde comenzaron pronto a inclinarse a lo

monstruoso. Cuando yo regresaba de esas excursiones solía ponerme a cavilar, como maravillándome de mi depravación vicaria. Este pariente que extraía de mi propia alma, y a quien enviaba solo, a hacer cuanto se le antojara, era un ser intrínsecamente maligno y villano. Cada pensamiento y cada acto se centraban en el yo. Libaba con placer, con avidez bestial, en cualquier grado de tortura infligida a otra persona, y era implacable, como un hombre de piedra. En ocasiones, Henry Jeckyll se quedaba atónito ante los actos de Edward Hyde, pero la situación se apartaba de las leyes ordinarias, e insidiosamente relajaba el poder de la conciencia. Al fin de cuentas era Hyde, y sólo Hyde, el culpable. Jeckyll no era peor; regresaba a sus buenas cualidades, al parecer sin afectarse; incluso se apresuraba, cuando podía, a desbaratar el mal que Hyde había hecho. Y así, su conciencia dormía.

No está entre mis planes adentrarme en los detalles de la infamia de la que fui cómplice (pues aun ahora apenas si me atrevo a reconocer haberla cometido). Sólo deseo destacar los signos de advertencia y los pasos sucesivos con que se fue aproximando mi castigo. Me ocurrió un incidente que, por no haber traído consecuencias, me limitaré a mencionar. Un

acto de crueldad para con una niña hizo que la ira de un transeúnte, a quien al día siguiente reconocí como a un pariente tuyo, se alzara contra mí. El doctor y la familia de la niña se unieron a él y hubo momentos en que temí por mi vida. Al fin, para apaciguar su resentimiento, totalmente justificado, Edward Hyde hubo de llevarlos hasta la puerta y pagarles con un cheque girado por Henry Jeckyll. Pero este peligro fue eliminado con facilidad para el futuro, abriendo una cuenta en otro banco a nombre de Edward Hyde mismo. Y cuando, inclinando mi mano hacia atrás, le proporcioné una firma a mi doble, pensé estar más allá del alcance del destino.

Unos dos meses antes del asesinato de Sir Danvers, habiéndome embarcado en una de mis aventuras, regresé a altas horas de la noche, y desperté al día siguiente en cama, con sensaciones un tanto extrañas. En vano miré a mi alrededor; en vano observé los muebles decentes y las altas proporciones de mi alcoba en la plaza; en vano reconocí el estampado en las cortinas de la cama y el diseño del marco de roble. Algo dentro de mí insistía en que no estaba en su lugar, que no me había despertado donde parecía estar, sino en el cuartico del Soho

donde acostumbraba dormir en el cuerpo de Edward Hyde. Sonreí para mis adentros y, a mi manera psicológica, comencé sin muchos ánimos a investigar los elementos de esta ilusión, llegando a veces, mientras lo hacía, a quedarme dormido en un cómodo sueño matinal. Estando en éstas, en uno de los momentos de mayor vigilia, la vista mía cayó sobre mi mano. Ahora bien, la mano de Henry Jeckyll (como lo has señalado a menudo) era profesional en su tamaño y forma: grande, firme, blanca y bonita. Pero la mano que ahora veía con toda claridad, a la luz amarilla de una mañana del centro londinense, entreabierta sobre la sábana, era nudosa, delgada, tendinosa, de una palidez oscura, y con espesas sombras producidas por los vellos atusados. Era la mano de Edward Hyde.

Debí quedarme viéndola casi medio minuto, sumido como estaba en la pura estupidez del asombro, antes que el terror despertara en mi pecho, tan pasmoso y repentino como una explosión de platillos, y, saltando de la cama, corriera yo hasta el espejo. Ante la imagen que encontraron mis ojos, la sangre se me convirtió en algo exquisitamente delgado y gélido. Sí, me había acostado como Henry

Jeekyll y había despertado como Edward Hyde. ¿Cómo explicarlo?, me pregunté. Y luego, con un nuevo ataque de terror: ¿cómo remediarlo? Ya se encontraba bien entrada la mañana; los sirvientes se habían levantado; tenía todas las drogas en el despacho..., un largo viaje –bajar dos escaleras, atravesar un corredor, cruzar el patio abierto y el anfiteatro de anatomía– desde donde me encontraba en aquel momento, horrorizado. Podría muy bien cubrirme la cara pero, ¿de que serviría, si era imposible esconder la alteración de mi estatura? Y luego, sobrecogido por la delicia de una sensación de alivio, recordé que ya los sirvientes estaban acostumbrados a los ires y venires de mi segundo yo. No tardé en vestirme, tan bien como pude, con ropa de mi propio tamaño, ni en atravesar a prisa la casa, donde Bradshaw me miró, retrocediendo al ver a Mr. Hyde a tal hora y en tan extraño atuendo. Y, diez minutos más tarde, había regresado el doctor Jeekyll a su propia forma y se sentaba, con el ceño fruncido, a aparentar que desayunaba.

Era de verdad bien escaso mi apetito. Este incidente inexplicable, este reverso de mi experiencia previa parecía, como el dedo sobre el muro

babilonio, estar deletreando las letras de mi juicio, y comencé a reflexionar, con mayor seriedad que nunca antes, sobre las consecuencias y posibilidades de mi existencia doble. Aquella parte de mí que yo tenía el poder de proyectar había recibido mucha ejercitación y alimento en los últimos tiempos; desde hacía días me quedaba la impresión de que el cuerpo de Edward Hyde había crecido en estatura, como si (cuando yo usaba aquella forma) fuese consciente de un flujo más generoso de sangre, y había comenzado a atisbar un peligro: de prolongarse mucho esta situación, el balance de mi naturaleza podría romperse de modo permanente, descomponerse el poder de transformación voluntaria, y volverse irrevocablemente mío el carácter de Edward Hyde. El poder de la droga no había hallado siempre un despliegue igual. Una vez, muy al principio de mi carrera, había fallado por completo. Desde entonces, en más de una ocasión me había visto obligado a duplicar la dosis, y una vez, con enorme riesgo de muerte, a triplicarla. Y hasta el momento, estas pocas incertidumbres habían proyectado la única sombra sobre mi dicha. Ahora, sin embargo, y a la luz del accidente de aquella mañana, me vi forzado a advertir que, si al

comienzo la dificultad había radicado en despojarme del cuerpo de Jeekyll, en los últimos tiempos, y en forma gradual pero inexorable, ésta se había trasladado al lado opuesto. Por ende, todo parecía apuntar a lo siguiente: poco a poco perdía dominio sobre mi yo original y mejor, y en forma paulatina me iba incorporando a mi segundo y peor yo.

Entre estos dos, sentía yo, era preciso elegir ahora. Mis dos naturalezas tenían una memoria en común, pero compartían con absoluta desigualdad todas las demás facultades. Jeekyll (que era un compuesto), ora con los temores más sensibles, ora con un gusto ávido, se proyectaba en los placeres y aventuras de Hyde, compartiéndolos; pero Hyde era indiferente a Jeekyll, o lo recordaba sólo a la manera como recuerda el bandido montaraz la caverna donde se oculta de la persecución. Jeekyll poseía más que el interés de un padre; Hyde, más que la indiferencia de un hijo. Quedarme para siempre como Jeekyll era morir a aquellos apetitos desde hacía tanto tiempo satisfechos en secreto, que en los últimos días había empezado a mimar. Quedarme con Hyde era morir a mil intereses y aspiraciones, y convertirme, de un golpe y para siempre, en un ser

despreciado y sin amigos. El negocio podría parecer desigual, pero sobre la balanza quedaba aún otra consideración, pues mientras Jeekyll habría de sufrir mucho en las llamas de la abstinencia, Hyde no sería tan siquiera consciente de cuanto había perdido. Por extrañas que fueran mis circunstancias, los términos de este debate son tan antiguos y comunes como el hombre; señuelos y alarmas muy semejantes lanzan los dados a cualquier pecador tentado y trémulo, y me sucedió, como le sucede a la gran mayoría de mis congéneres, que escogí la mejor faceta y encontré falta de fuerzas para serle fiel.

Sí, preferí al médico entrado en años y descontento, rodeado de amigos, que albergaba esperanzas honestas, y le di un decidido adiós a la libertad, a la juventud relativa, al paso ligero, al pulso palpitante y a los placeres secretos disfrutados bajo el disfraz de Hyde. Al realizar esta elección tal vez guardaba alguna reserva inconsciente, pues ni entregué la casa del Soho, ni destruí la ropa de Edward Hyde, que seguía lista en mi armario. Sin embargo, durante dos meses me mantuve fiel a la decisión; durante dos meses llevé una vida de una severidad tal como nunca antes había logrado, y disfruté de las compen-

saciones de una conciencia tranquila. Pero a poco empezó el tiempo a borrar la frescura de mi alarma. Los elogios de la conciencia comenzaron a volverse asunto cotidiano y comencé a verme torturado por anhelos y ansias, como si Hyde estuviera luchando por la libertad, y por fin, en un momento de debilidad moral, volví a preparar la mezcla y tragué la poción transformadora.

No supongo que cuando un borrachín razona consigo mismo acerca de su vicio esté, una de cada quinientas veces, afectado por los peligros que corre a causa de su brutal insensibilidad física, ni le di mucho espacio, por mucho que reflexioné sobre mi posición, a la tan completa insensibilidad moral e inclinación insensata hacia el mal, características dominantes de Edward Hyde. Sin embargo, por éstas fui castigado. Mi demonio, enjaulado desde hacía mucho tiempo, salió rugiendo. Fui consciente ya, mientras tomaba la poción, de una propensión más desenfrenada y furiosa hacia el mal. Supongo que esto debió ser lo que agitó en mi alma la tempestad de impaciencia con que escuché las frases corteses de mi infeliz víctima; por lo menos declaro ante Dios que ningún hombre moralmente sano podría

haber sido culpable de cometer un crimen como éste, basado en una provocación tan pobre, y que lo atacué con un espíritu no más razonable que el de un niño enfermo que rompe un juguete. Mas yo me había librado voluntariamente de todos aquellos instintos equilibradores que permiten que hasta el peor de los hombres siga caminando con algún grado de estabilidad entre las tentaciones. Y, en mi caso, la tentación, por débil que fuera, equivalía a caer.

Al instante, el espíritu del mal despertó rabian-
do en mí. En un raptó de felicidad, mutilé el cuerpo que no oponía resistencia, degustando la delicia en cada golpe, y sólo cuando el cansancio comenzó a dominarme, en el culmen del delirio, atravesé mi corazón un frío espasmo de terror. La neblina se dispersó; vi que mi vida corría peligro, y huí de la escena de estos excesos, temblando y vanagloriándome a la vez, con el ansia de mal satisfecha y estimulada, y mi amor por la vida más sólido que nunca. Corrí a la casa del Soho y (para quedar doblemente seguro) destruí mis papeles; de ahí salí por las calles iluminadas por lámparas, en el mismo estado mental de éxtasis dividido, regodeándome en el crimen, planeando con desfachatez otros para

el futuro, aunque, sin embargo, apresurándome y teniendo el oído alerta, detrás de mí, a los pasos del vengador. Hyde tenía una canción en los labios mientras componía la pócima, y al tomarla brindó por el difunto. Los dolores de la transformación no habían acabado de rasgarlo, cuando Henry Jeekyll, derramando lágrimas de gratitud y remordimiento, cayó de rodillas y levantó hacia Dios las manos entrelazadas. El velo de la complacencia conmigo mismo quedó rasgado de pies a cabeza y vi mi vida como un todo: la seguí, desde los días de la niñez, cuando caminaba de la mano de mi padre, a lo largo de los trabajos de negación de mí mismo de mi vida profesional, para volver una y otra vez, con la misma sensación de irrealidad, a los malditos horrores de la noche. Podría haber gritado en voz alta; busqué con lágrimas y rezos calmar la multitud de espantosas imágenes y sonidos que se arremolinaban en la memoria y se me venían encima, y aun así, entre petición y petición, el feo rostro de mi iniquidad se asomaba a mi alma. Pero cuando lo agudo de este remordimiento comenzó a ceder, lo reemplazó una sensación de dicha. El problema de mi conducta se resolvió. De ahí en adelante Hyde era imposible; qui-

siéralo yo o no, ahora quedaba confinado a la mejor parte de mi existencia, y, ah, ¡cuánto me recocijaba pensándolo! ¡Con que ávida humildad abrazaba otra vez las restricciones de la vida natural! ¡Con cuánta renunciación sincera cerré la puerta por la que tantas veces había entrado y salido, y trituré la llave con mi tacón!

Al día siguiente llegó la noticia de que el asesinato se había esclarecido, la culpa de Hyde era patente ante el mundo, y la víctima era una persona que gozaba de gran estima. No había sido sólo un crimen, era una trágica tontería. Creo que me alegró saberlo; creo que me alegraba saber que los mejores de mis instintos se reforzaban y cuidaban con el terror al cadalso. Jeekyll era ahora la ciudad de mi refugio; bastaría con dejar que Hyde se asomara un instante y las manos de todos se alzarían para agarrarlo y matarlo.

Resolví redimir el pasado con mi conducta futura, y puedo decir con honestidad que mi resolución trajo algún bien. Tú mismo sabes con cuánta seriedad me esforcé los últimos meses del año pasado por aliviar el sufrimiento; sabes lo mucho que hice por el prójimo y que los días pasaban en calma, de

modo casi feliz para mí. Ni puedo en realidad decir que me cansé de esta vida inocente y benévola. Creo más bien que cada día la disfrutaba más a cabalidad, pero seguía cargando con la maldición de mi dualidad de propósito; y no bien se limó el primer borde de mi penitencia, cuando mi lado más vil, al que tanto tiempo había cedido y que hacía tan poco había encadenado, comenzó a gruñir, pidiendo excesos. No que yo soñara con resucitar a Hyde; la sola idea de hacerlo me desquiciaba: no, era en mi propia persona donde, una vez más, me sentía tentado a jugar con mi conciencia, y fue en la calidad de un ordinario pecador secreto como cedí por fin ante los embates de la tentación.

A todo le llega su consumación. El recipiente de mayor capacidad logra llenarse al fin, y esta breve condescendencia con mi mal acabó por destruir el equilibrio de mi alma. Y, sin embargo, no me sentía alarmado. Caer parecía natural, como un regresar a aquellas épocas pasadas, anteriores a mi descubrimiento. Era un bonito y claro día de junio, húmedo bajo los pies allí donde se había derretido la escarcha, pero sin nubes en el cielo, y el parque Regents estaba lleno de gorjeos de invierno y de dulces

aromas primaverales. Me senté al sol en una banca. El animal que llevaba adentro lamía las costillas de la memoria; el lado espiritual, cabeceando, prometía penitencia futura, pero no se inclinaba aún a comenzar. Al fin y al cabo, reflexioné, yo era como mis vecinos. Luego sonreí, comparándome con otros hombres, comparando mi buena voluntad activa con la crueldad perezosa de su descuido. Y en el momento mismo en que me vanagloriaba con estos pensamientos, me invadieron un fastidio, una náusea horrible y el temblor más mortal. Apenas pasaron quedé débil, y luego, al comenzar esta debilidad, a su vez, a quedar atrás, comencé a tener conciencia de un cambio en el tenor de mis pensamientos, un mayor arrojo, un desprecio por el peligro, una disolución de los vínculos de la obligación. Miré hacia abajo; la ropa colgaba informe sobre mis miembros, que se habían encogido. La mano puesta sobre mis rodillas era nudosa y velluda. Una vez más era yo Edward Hyde. Un momento antes, había tenido seguro el respeto del prójimo, era adinerado, bien querido, el mantel me esperaba tendido en casa, en el comedor. Y ahora me había convertido en la presa de caza común de la humanidad, perseguido, sin

techo. Era un asesino conocido, el siervo perfecto para la horca.

Mi razón vaciló, pero no me falló del todo. Más de una vez he observado que, en mi segundo carácter, mis facultades parecían afilarse a un alto grado, y mi espíritu tenía una elasticidad más tensa. En consecuencia, donde Jeckyll posiblemente hubiese sucumbido, Hyde respondió a la altura del momento. Las drogas las tenía en uno de los armarios de mi despacho: ¿cómo alcanzarlas? He ahí el problema que (apretándome las sienes entre las manos) me propuse resolver. Ya había cerrado yo la puerta del laboratorio. Si buscaba entrar por la casa, mis propios sirvientes me mandarían a la horca. Vi que era preciso emplear otra mano, y pensé en Lanyon. ¿Cómo llegar adonde él? ¿Cómo persuadirlo? Suponiendo que lograra evitar ser capturado en la calle, ¿cómo abrirme paso hasta llegar a su presencia? Y, ¿cómo podría yo, un visitante desagradable y desconocido, lograr que el famoso médico saqueara el estudio de su colega, el doctor Jeckyll? Recordé entonces que aún conservaba yo una faceta de mi carácter original: podía escribir con mi propia letra; y una vez concebida esa chispa, el proceder siguiente

se iluminó de principio a fin.

Acto seguido me arreglé la ropa lo mejor posible, llamé un coche que pasaba y me dirigí a un hotel en la calle Portland, cuyo nombre recordaba por casualidad. Ante mi aspecto (era en verdad bien cómico, por muy trágico destino el que esos atavíos encubrieran) el conductor no pudo ocultar la hilaridad. Apreté los dientes frente a él con una ráfaga de furia satánica, y la sonrisa se borró de su rostro –felizmente para él–, pero más felizmente para mí mismo, pues, sin duda, lo habría bajado un momento después, arrastrado del asiento. En la posada, al entrar, miré en derredor, con una expresión tan sombría que hizo temblar a los empleados; no intercambiaron ni una mirada en mi presencia, sino que tomaron mis órdenes de manera servil, me condujeron a un cuarto privado, y me llevaron con qué escribir. Hyde con la vida en peligro era una criatura nueva para mí: sacudido con ira desordenada, tenso hasta el punto de asesinar, ávido por infligir dolor. Sin embargo, la criatura era astuta; dominaba su furia con gran esfuerzo de la voluntad. Compuso sus dos cartas importantes, la una para Lanyon y la otra para Poole y, a fin de recibir evidencia real de su remisión, las envió con instrucciones de

que debían ser registradas.

De ahí en adelante se sentó todo el día junto al fuego del cuarto privado, a morderse las uñas; allí cenó solo, con sus temores; el mesero estaba evidentemente acobardado ante su mirada. Y de allí, ya bien entrada la noche, salió, en un rincón de un cabriolé cerrado que lo llevó por las calles de la ciudad, de una parte a otra. Él, digo yo, –no puedo decir “yo”–; ese hijo del infierno no tenía nada de humano. Nada vivía en él, fuera del miedo y el odio. Y cuando por fin, pensando que el conductor había comenzado a recelar, se apeó del coche y se arriesgó a seguir a pie y mezclarse entre los transeúntes nocturnos, vestido con ropas que no le quedaban bien y convertido en objeto destinado a ser observado, estas dos pasiones viles rugían en su interior como una tempestad. Caminaba raudo, perseguido por sus miedos, hablando consigo mismo, escondiéndose en las calles menos frecuentadas, contando los minutos que aún lo separaban de la media noche. Una vez, una mujer le habló para ofrecerle, creo, una caja de fósforos. La golpeó en la cara y ella huyó.

Cuando volví a ser yo mismo donde Lan-
yon, acaso el horror de mi viejo amigo me hubiera

afectado un poco, no lo sé. Era cuando más una gota en el mar, y nada más, en comparación con la abominación con que recordaba yo aquellas horas. Me había sobrevenido un cambio. Ya no era el miedo a la horca, era el horror de ser Hyde lo que me torturaba. Recibí la condenación de Lanyon estando parcialmente en un sueño; parcialmente en un sueño llegué al hogar, a mi propia casa, y me acosté. Dormí, después de la postración del día, con un sueño fuerte y profundo que ni las pesadillas que me plagaban alcanzaban a romper. Desperté en la mañana, sacudido y débil, pero fresco. Aún odiaba y temía la idea del bruto que dormía dentro de mí y, por supuesto, no había olvidado los terribles peligros de la víspera, pero me encontraba de nuevo en casa, en mi propia casa, y cerca de mis drogas; y el agradecimiento por haber escapado brilló tan fuerte en mi alma que casi rivalizaba con el brillo de la esperanza.

Cruzaba yo el patio sin prisa, después del desayuno, recibiendo el frío del aire con placer, cuando aquellas sensaciones indescriptibles que presagiaban el cambio volvieron a apoderarse de mí. Apenas si me alcanzó el tiempo para llegar hasta el abrigo de mi despacho, antes de estar rabiando otra vez,

helado con las pasiones de Hyde. En esa ocasión fue necesaria una dosis doble para retornar a mí mismo, y por desgracia, seis horas más tarde, estando yo sentado y observando el fuego con tristeza, los dolores regresaron y tuve que volver a administrarme la droga. Para resumir, desde aquel día en adelante, parecía que sólo por medio de un gran esfuerzo, como el que hace el gimnasta, y sólo bajo el estímulo inmediato de la droga, era capaz de asumir el semblante de Jeekyll. A todas horas, de día y de noche, me asaltaba el temblor premonitorio. En particular si dormía, o tan sólo cabeceaba un momento en la silla, despertaba sin falta como Mr. Hyde. Bajo el peso de esta maldición que de continuo pendía sobre mí, y a causa de la falta de sueño a la que me condenaba ahora a mí mismo –ay de mí– incluso más allá de lo que creía posible para un ser humano, me convertí, dentro de mi propia persona, en una criatura a quien la fiebre había devorado y vaciado, presa de una lánguida debilidad, tanto física como mental, y a quien sólo un pensamiento la ocupaba: el horror a mi otro yo. Pero cuando dormía, o cuando se pasaba el efecto de la medicina, solía dar un salto, casi sin transición (pues los dolores de la transformación eran

cada vez menos marcados), poseído de una imaginación en la que bullían imágenes de terror, de un alma que ardía con odios infundados y de un cuerpo que no parecía poseer la fuerza necesaria para contener las energías rabiosas de la vida. Los poderes de Hyde parecían haber crecido con la debilidad enfermiza de Jeckyll. Ciertamente el odio que ahora los separaba era igual a lado y lado. En el caso de Jeckyll, era cuestión del instinto vital. Ya había comprendido la deformidad plena de aquella criatura que compartía con él una parte de los fenómenos de la conciencia, y era, con él, coheredero de la muerte: y más allá de estos vínculos de comunidad, que en sí formaban la parte más aguda de su angustia, pensaba en Hyde, a pesar de toda su energía vital, como en algo no sólo diabólico sino inorgánico. Esto era lo más impresionante. Que el légamo del foso pareciera emitir gritos y voces, que el polvo amorfo gesticulara y pecara, que lo que era muerto e informe, usurpara los oficios de la vida. Y, además, que el horror insurgente estuviera cosido a él más de cerca que una esposa, más de cerca que un ojo. Yacía, enjaulado, en su carne, donde lo oía mascullar y lo sentía luchando por nacer, y en cualquier momento de debilidad y en medio

de la seguridad del sueño, prevalecía sobre él, despojándolo de la vida. El odio de Hyde por Jeekyll era de un orden diferente. Su terror a la horca lo llevaba a cada instante a un suicidio temporal, y a regresar a la situación subordinada de ser una parte, en lugar de una persona. Pero detestaba la necesidad, detestaba la melancolía en que Jeekyll se había sumido ahora, y resentía la aversión con que aquél lo veía a él. De ahí los trucos simiescos que me jugaba, escribiendo con mi propia mano blasfemias en las páginas de mis libros, quemando las cartas y destruyendo el retrato de mi padre. Y en realidad, de no haber mediado su temor a la muerte, mucho rato hacía que se habría arruinado para involucrarme también a mí en esa ruina. Pero su amor a la vida es maravilloso. Y voy más allá: yo, que me enfermo y paralizó con sólo pensar en él, cuando recuerdo lo abyecto y apasionado de este apego, y cuando sé cuánto teme el poder que tengo yo de zafarme de él por medio del suicidio, encuentro piedad en mi corazón.

Es inútil prolongar esta descripción, y el tiempo se me escapa en forma aterradora. Baste decir que nadie ha sufrido tales tormentos jamás y, sin embargo, aun a éstos el hábito les trajo –no, alivio

no—, sino una cierta insensibilidad del alma, una cierta aquiescencia desesperada y mi castigo podría haber continuado por años, de no ser por la última calamidad que ha caído ahora sobre mí y que acabó por arrancarme a mi propio rostro y a mi naturaleza. Mis provisiones de la sal, que nunca renové desde la época del primer experimento, comenzaron a agotarse. Mandé traer un nuevo suministro y mezclé la poción. Se presentaron la ebullición y el primer cambio de color, pero no el segundo. La tomé y no tuvo eficacia alguna. Vas a enterarte por Poole de cómo registré a todo Londres en su busca. Todo en vano. Me he persuadido ya de que el primer suministro había sido impuro y que aquella impureza desconocida le prestaba su eficacia a la poción.

Ha transcurrido alrededor de una semana y estoy terminando esta declaración ahora, bajo el efecto del último resto de los viejos polvos. Es ésta, entonces, la última vez, de no mediar un milagro, que Henry Jeckyll puede albergar sus propios pensamientos o ver su propio rostro (¡cuán tristemente modificado ahora!) en el espejo. Y no puedo tardar demasiado en terminar mi escrito, pues si mi narración ha escapado a la destrucción hasta el presente, se ha debido a

una combinación de gran prudencia y muy buena suerte. Si me llegasen los dolores del cambio en el momento de escribir esto, Hyde lo haría trizas. Pero si pasa algún tiempo después de haberlo puesto a un lado, su maravilloso egoísmo y sujeción al instante probablemente lo salvarán otra vez de la acción de su venganza simiesca. Pero en realidad, la maldición que se cierne sobre ambos ya lo ha transformado y triturado a él. Dentro de media hora, cuando de nuevo, y para siempre, haya vuelto a revestirme de aquella odiosa personalidad, sé que estaré temblando y llorando en mi poltrona, que seguiré escuchando con el éxtasis más tenso y temeroso, que seguiré recorriendo este cuarto (mi último refugio terrenal) de un lado a otro, a la espera de cualquier sonido amenazante. ¿Morirá Hyde en el cadalso, o encontrará el valor de liberarse en el último momento? Sólo Dios lo sabe. A mí no me importa. Ésta es la verdadera hora de mi muerte, y lo que ha de seguir concierne a otro, distinto de mí mismo. Ahora, entonces, mientras dejo la pluma sobre la mesa y procedo a sellar mi confesión, llevo la vida de aquel infeliz de Henry Jeekyll a su fin.

LIBRO AL VIENTO

TÍTULOS PUBLICADOS

- 1 *Antígona*
Sófocles
- 2 *El 9 de abril*, fragmento de *Vivir para contarla*
Gabriel García Márquez
- 3 *Cuentos para siempre*
Grimm, Andersen, Perrault y Wilde
- 4 *Cuentos*
Julio Cortázar
- 5 *Bailes, fiestas y espectáculos en Bogotá*, selección
de las *Crónicas de Santafé y Bogotá*
José María Cordovez Moure
- 6 *Cuentos de animales*
Rudyard Kipling
- 7 *El gato negro y otros cuentos*
Edgar Allan Poe
- 8 *El beso y otros cuentos*
Anton Chejov
- 9 *El niño yuntero*
Miguel Hernández
- 10 *Cuentos de Navidad*
Cristian Valencia, Antonio García,
Lina María Pérez, Juan Manuel Roca
Héctor Abad Faciolince
- 11 *Novela del curioso impertinente*
Miguel de Cervantes
- 12 *Cuentos en Bogotá*
Antología
- 13 *Cuentos*
Rafael Pombo

- 14 *La casa de Mapuhi y otros cuentos*
Jack London
- 15 *¡Qué bonito baila el chulo! Cantas del Valle de Tenza*
Anónimo
- 16 *El beso frío y otros cuentos bogotanos*
Nicolás Suescún, Luis Fayad, Mauricio Reyes Posada,
Roberto Rubiano Vargas, Julio Paredes, Evelio José Rosero,
Santiago Gamboa, Ricardo Silva Romero
- 17 *Los vestidos del emperador y otros cuentos*
Hans Christian Andersen
- 18 *Algunos sonetos*
William Shakespeare
- 19 *El ángel y otros cuentos*
Tomás Carrasquilla
- 20 *Iván el Imbécil*
León Tolstoi
- 21 *Fábulas e historias*
León Tolstoi
- 22 *La ventana abierta y otros cuentos sorprendentes*
Saki, Kate Chopin, Henry James, Jack London,
Mark Twain, Ambroce Bierce
- 23 *Por qué leer y escribir*
Francisco Cajiao, Silvia Castrillón, William Ospina, Ema Wolf,
Graciela Montes, Aidan Chambers, Darío Jaramillo Agudelo
- 24 *Los siete viajes de Simbad el marino*
(Relato anónimo de *Las mil y una noches*)
- 25 *Los hijos del Sol*
Eduardo Caballero Calderón
- 26 *Radiografía del Divino Niño y otras crónicas sobre Bogotá*
Antología de Roberto Rubiano Vargas
- 27 *Mr Jeckyll y Mr Hyde*
Robert Louis Stevenson

DR Jekyll Y MR
HYDE DE ROBERT
LOUIS STEVENSON
FUE EDITADO POR
EL INSTITUTO
DISTRITAL DE
CULTURA Y TURISMO
Y LA SECRETARÍA DE
EDUCACIÓN DISTRITAL
PARA SU BIBLIOTECA

libro al viento
BAJO EL NÚMERO
VEINTISIETE Y SE
IMPRIMIÓ EL MES DE
SEPTIEMBRE DEL AÑO
2006 EN BOGOTÁ

